Salmanticensis 50 (2003) 107-176

1) SAGRADA ESCRITURA

J.-M. Poffet (ed.), *L'autorité de l'Écriture*. Hors série. «Lectio divina» (París: Les Éditions du Cerf 2002) 302 pp.

El libro que presentamos, interesante por muchos capítulos, se compone básicamente de los trabajos presentados en un coloquio internacional que se celebró el año 2000 en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Un coloquio que marcó el punto de partida del nuevo proyecto de Biblia de Jerusalén, en el que el prestigioso y conocido centro de estudios e investigación bíblica quiere embarcarse. Como afirma J.-M. Poffet, director de l'*École Biblique* y coordinador del volumen, se trata de hacer el punto de la exégesis de la segunda mitad del siglo XX, ese tiempo en el que, tras la crisis modernista y por primera vez, la Iglesia católica ha visto florecer los estudios bíblicos con una fuerza y una competencia como pocas veces había ocurrido. Exégesis histórico-crítica, investigación arqueológica, filología semítica y helenística, todos los campos han sido estudiados con seriedad y competencia. Pero ahora, a comienzos del siglo XXI, se trata de repensar nuestra actitud hermenéutica ante el libro bíblico. Y, precisamente en este momento, en el auge de la exégesis histórico-crítica, cuando la crisis del pensamiento histórico se percibe con claridad en todos los ámbitos, volvemos a redescubrir la Biblia como libro, como unidad en la comunidad que es la Iglesia, como canon. Es curioso, y digno de notar, que este libro, que plantea ampliamente la relevancia de la lectura canónica de la Biblia y que subraya, por consiguiente, la dimensión eclesial de este libro en la comunidad, tenga un título que ha sido hasta ahora casi privativo de los estudios protestantes: *La autoridad de la Escritura*.

A partir de un sucinto análisis de los documentos pontificios, desde la *Providentissimus Deus* de León XIII, pasando por la *Divino Afflante Spiritu* de Pío XII, hasta la constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II, el coordinador del volumen intenta poner de relieve cómo la interpretación del texto bíblico no puede pararse en el análisis del sentido histórico-crítico, sino que desemboca necesariamente en una lectura actual en el Espí-

Universidad Pontificia de Salamanca

ritu (DV 12). El autor nos invita a redescubrir esta orientación, que nunca faltó en la Iglesia, en las actuales corrientes hermenéuticas de la lectura canónica de la Escritura y de la actual narratología, que tiene en cuenta particularmente el papel del lector. Ambas observaciones son válidas, aunque el camino emprendido en la actualidad, como el mismo coordinador reconoce, va mucho más allá. Y la interpretación de esa «lectura en el Espíritu» —de que habla el Vaticano II— guarda también muchos secretos y caminos que están todavía por explorar. En esta línea, con muchas variaciones, como es lógico, se mueve el volumen, desigual, como sucede con todos los libros escritos en colaboración. Para que el lector se haga una idea de lo que se va a encontrar, me limito a presentar autor y tema de cada contribución, con alguna pequeña observación crítica.

La primera parte se dedica al estudio de un tema básico de la tradición cristiana: la «lenta emergencia de la noción de canon». Lo inicia Y.-M. Blanchard, profesor del Instituto Católico de París y autor, en 1993, de una conocida y sugerente monografía sobre los orígenes y posterior evolución del canon del NT, especialmente a partir del testimonio de Ireneo (23-50). En la misma línea de ese estudio, Blanchard vuelve a proponer su tesis de que el canon del NT llega a su plena formulación como tal —teniendo en cuenta, sin embargo, las discusiones aún pendientes sobre Apocalipsis y Hebreos— bien entrado el siglo IV, cuando en la Iglesia católica (la «gran Iglesia») se establecen la mayoría de sus instituciones. A esto no sería obstáculo la posible datación del llamado canon muratoriano a finales del siglo II, ya que Blanchard, tomando una sugerencia de Kaestli, piensa que ese texto no es propiamente una lista canónica autorizada, sino más bien un testimonio del largo proceso de formación de ese mismo canon. Algo parecido sucedería con el canon del AT, especialmente por lo que se refiere a las dificultosas relaciones entre el canon heredado en griego de los judíos alejandrinos y la autoridad incontestable de la lengua hebrea. De aquí saca la conclusión de que la relación entre la Biblia y la Tradición cristianas no se puede establecer sólo mediante un proceso diacrónico en el tiempo, sino que es mucho más complejo. En consecuencia, conviene poner de relieve todos estos elementos y volver a recordar que no existe una «Escritura» que pudiese aislarse de la Iglesia y de la tradición general que en ella vive y crece. Por su parte, M. Gilbert, del Pontificio Instituto Bíblico de Roma (51-70), estudia los diferentes textos que encontramos en varios libros del AT, sobre todo si comparamos la versión hebrea con la griega. ¿Cuál es el texto canónico? En cualquier caso, el que ciertamente no es canónico es el posible *Urtext*, reconstruido mediante procedimientos críticos. A partir de aquí, el autor ofrece una serie de interesantes sugerencias al proyecto de nueva Biblia de Jerusalén, de manera que esa nueva edición refleje la riqueza textual de la Biblia en las diferentes Iglesias y comunidades en que ha sido usada. El mismo autor hace un detenido estudio acerca de los posibles textos bíblicos definidos por la Iglesia; a su juicio sólo Trento habría definido en sentido estricto algunos textos bíblicos (71-94). C. V. Malzoni, de la Escuela Bíblica de Jerusalén, pone de relieve el interés y la importancia de la tradición siríaca de los evangelios (95-112), que a su juicio formaría un tercer modelo textual, digno

Universidad Pontificia de Salamanca

de consideración, al lado de la tradición latina y la griega. Cierra esta sección una exposición de P. Vassiliadis, de la Universidad de Tesalónica, acerca del canon bíblico y la autoridad de la Escritura desde la perspectiva de la *ortodoxia griega* (113-35). *El trabajo me ha parecido lleno de interés por* varias razones. En primer lugar, porque no es fácil encontrar reflexiones sintéticas como la aquí presentada. En segundo lugar, porque nos ayuda a reflexionar sobre la dimensión eclesial y pneumática de la Escritura y la Tradición. Finalmente, porque, a la vez que corrobora muchos de los elementos teológicos decisivos a la hora de construir una «teología de la Biblia» dentro de la Iglesia, nos descubre algo que en la Iglesia católica no podemos olvidar: que la Biblia se ha leído siempre en la Iglesia, con los ojos de la Iglesia y, sobre todo, en la liturgia. Si, gracias a Dios, hemos recuperado la importancia del acceso directo a la Biblia en la Iglesia católica, y en esto nos ha ayudado muchísimo la tradición protestante, no es menos importante el recordar que la Escritura se convierte en palabra viva de Dios en la liturgia, el ámbito excepcional para poderla leer e interpretar «en el Espíritu»; y esto nos lo recuerda ahora, una vez más, esta reflexión hecha desde la tradición teológica ortodoxa.

La segunda parte, complementaria de la anterior, estudia la autoridad de la Biblia en el judaísmo y la del Corán en el islam. El primer trabajo, debido a la pluma de J. L. Kugel, de las Universidades de Harvard y de Bar Ilán (139-141), nos presenta cómo el crecimiento del texto hasta formar la actual Biblia hebrea no se para con la constitución de este canon, sino que sigue creciendo hasta formar otra serie de escritos con autoridad, como la Misná, los diferentes midrases y el doble Talmud. Todo nace de una dialéctica —común a otros textos religiosos—: la autoridad que dan los textos antiguos y la necesidad de actualizarlos para que su palabra siga siendo vital. Por su parte, M. M. Bar-Asher, de la Universidad hebrea de Jerusalén (153-74), estudia la formación canónica del Corán y su autoridad en el mundo musulmán.

El volumen se cierra con cuatro trabajos, que abordan la cuestión tratada desde otras perspectivas. Así, G.-E. Sarfati, de la Universidad de Tel Aviv, estudia la noción de texto canónico desde el ángulo de la lengua y la sociología. Desde la lingüística, Ch. Rico, de la Universidad de Estrasburgo, intenta definir el acto de la traducción (193-226). Finalmente, dos trabajos ponen de relieve que la Escritura no revela todo su secreto y su capacidad de vida si no es en el contexto sociológico que le es propio, la comunidad en que ha nacido y que la ha acogido como palabra canónica, es decir, autorizada y normativa. Así, F. Mies, de la Facultad Universitaria Notre Dame de la Paix, en Namur, se pregunta dónde puede uno encontrar la Palabra de Dios. La respuesta es doble: ciertamente en la Escritura canónica; pero, además, en esa Escritura hecha palabra viva en la Iglesia (229-57). Por su parte, O.-Th. Venard, de la Escuela Bíblica de Jerusalén (259-98), retoma la discusión acerca de los métodos exegéticos, centrándose ahora y principalmente en los métodos sincrónicos. Estudia las condiciones de su legitimidad y concluye afirmando que, después de todo el esfuerzo imprescindible de información y de estudio —del que ciertamen-

Universidad Pontificia de Salamanca

te no se puede prescindir—, la vida eclesial, litúrgica y sacramental es condición no solamente para la ortodoxia, sino también para la misma existencia de una palabra exegética cristiana.

En resumen, se trata sin duda de un volumen con trabajos sugerentes, en el cual se aprecia esa cierta vuelta a la ingenuidad primera: el texto dado, los métodos exegéticos sincrónicos, la lectura de la Biblia en la Iglesia donde nació como canon, como norma y texto de vida. Una segunda ingenuidad, que ciertamente no elimina todo el duro e imprescindible trabajo científico con el que cualquier exégeta que se precie tiene que acercase al texto bíblico; pero que nos recuerda cuál es el solar verdadero de la palabra bíblica, la comunidad en que nace como tal, la Iglesia en el caso del cristianismo, de la cual es un elemento básico que no puede aislarse. Y este redescubrimiento es el que parece orientar el nuevo proyecto de Biblia de Jerusalén. Para concluir, el libro está pulcra y sobriamente editado, como es propio de la colección «Lectio divina». Pero nos hubiera gustado encontrar el nombre de los autores en el índice.

José Manuel Sánchez Caro

G. E. Wright, *Arqueología Bíblica* (Madrid: Cristiandad, 2002²), 565 pp.

Oficialmente lo llaman segunda edición. A mí, en este caso, me gusta más aquella fórmula ya citada para las segundas y sucesivas ediciones «corregida y aumentada». Los buenos críticos dicen que en este tipo de obras las correcciones vienen muy bien, pero aumentar el grosor de un libro no suele garantizar su éxito de ventas. Y no es que quiera hacer de estas líneas una descripción pragmática de lo que debe o no debe de ser una segunda o tercera edición de una obra, pero sí me parece importante destacar el contenido novedoso de la que es segunda edición de una de las obras clave de la Introducción General a la Sagrada Escritura, del mundo de la Biblia, de la exégesis bíblica, de la interpretación de la Biblia en la Iglesia —parafraseando el documento de la Pontificia Comisión Bíblica—. En todo caso, me interesa destacar la noticia de la reedición o segunda edición en español de la obra de G. Ernest Wright *Arqueología Bíblica*.

Para quienes en su día estudiamos la primera edición castellana de la «vieja» Cristiandad, que había aparecido en 1975, aquella era una obra magistral, una edición ilustrada con fotografías —aunque en blanco y negro— en buen papel, con una magnífica encuadernación y una cubierta más que sugerente. La obra, por aquel entonces, era una de las fuentes para el estudio de la Biblia. Conocer la *Arqueología Bíblica* de Wright era tener acceso a lo esencial del mundo de la investigación de última hora. Valiente Malla había hecho honor a su apellido, y con él nuestro querido San Miguel, apostando por la edición de un libro de gran atrac-

Universidad Pontificia de Salamanca

tivo. El resultado había sido un imponente manual de arqueología bíblica, en donde se daban cita los presupuestos metodológicos de la arqueología bíblica como reflejo de la evolución e historia de una tierra por la que han pasado muchas culturas y civilizaciones. ¿Quién no ha oído hablar de los trabajos arqueológicos de doña K. M. Kenyon, de los trabajos de W. F. Albright, de los estudios de MacAlister y Barton? Los grandes personajes de la arqueología bíblica aparecían en primera línea de la investigación.

Los descensos traqueteantes de la vida y la situación en la que permaneció la editorial Cristiandad tras la muerte de su director, llevaron a un impás a esta obra, que vio cómo sus últimos ejemplares desaparecían de las estanterías de las librerías. La editorial estaba prácticamente desaparecida pero la obra de Wright seguía vendiéndose hasta que se agotó. Con el reciente resurgimiento de la editorial, sus nuevos directores han decido recuperar aquellas obras de mayor prestigio y renombre. La *Arqueología Bíblica* de Wright era, sin duda, una de las primeras que tenía que volver a pasar por la imprenta. Con acierto editorial, a día de hoy volvemos a tener la oportunidad de acercarnos a este libro rejuvenecido y nuevamente cabecera de biblistas y exégetas. Veintidós años después de su primera edición, vemos renacer a la segunda. Bajo un nuevo formato: más estrecho, nueva portada —que hace a la obra ser miembro de honor de la colección de Sagrada Escritura—, ahora aquellas ilustraciones en blanco y negro han pasado a un apéndice fotográfico al final del libro y, eso sí, más páginas.

Aquí quería llegar, al número de páginas. Decía, anteriormente, lo de la fórmula clásica de la «segunda edición corregida y aumentada». Fórmula que en esta ocasión se cumple a primera vista cuando uno pone los ojos sobre el nuevo libro por vez primera. Lo recuerdo: la primera edición contaba con 400 páginas y la segunda con 565 páginas. Y no es que el nuevo formato determine el aumento cuantitativo de celulosa. Sino, más bien, el prólogo e introducción a esta nueva edición son los responsables del aumento de paginación. Una introducción de casi un centenar de páginas que contienen —más adelante daré cuenta de ello— la gran aportación de esta obra y determinan que siga siendo referencia obligada como fuente de trabajo e investigación para el gremio de los biblistas. La introducción centenaria la ha elaborado la arqueóloga española Carolina Aznar Sánchez, que trabaja desde hace años en el W. F. Albright Institute of Archaeological Research de Jerusalén y en el Instituto Español Bíblico y Arqueológico de Jerusalén (Casa de Santiago). Creo no ceder a la subjetividad sentimental si sostengo que la gran novedad de esta edición está precisamente en esta introducción. La gran aportación y novedad son las casi cien páginas que actualizan el contenido de la obra, que ponen al día la bibliografía, que presentan las novedades que han ido apareciendo desde la publicación de la primera edición de la obra hasta hoy. Con toda seguridad, las páginas de Carolina Aznar son el mejor prólogo que se podía hacer a una obra como la de Wright, casi cuarenta años después de su publicación en inglés y casi treinta en castellano.

Universidad Pontificia de Salamanca

La introducción de Aznar recupera elementos de la arqueología bíblica pasados por alto por el arqueólogo Wright. La más reciente investigación arqueológica sigue los pasos trazados por Aznar, que analiza la arqueología bíblica a través del siguiente itinerario: 1) El paleolítico (ca. 1,4 millones de años - 8350/8000 a.C.). 2) El neolítico (ca. 8300/8000 - 4500 a.C.). 3) El calcolítico (ca. 4500-3500 a.C.). 4) El bronce antiguo (ca. 3500-2250 a.C.). 5) El bronce antiguo IV [bronce medio, bronce intermedio] (ca. 2250-2000 a.C.). 6) El bronce medio II (ca. 2000-1550 a.C.). 7) El bronce final [bronce reciente] (ca. 1550-1200 a.C.). 8) El período del hierro I (ca. 1200-1000 a.C.). 9) El período del hierro IIA (ca. 1000-800 a.C.). 10) El período del hierro IIB (ca. 800-700 a.C.). 11) El período del hierro III (ca. 700-586 a.C.). 12) El período babilonio (ca. 586-538 a.C.). 13) El período persa (ca. 538-332 a.C.). 14) El período helenístico-asmoneo (ca. 332-63 a.C.). 14) El período romano (63 a.C.-70 d.C.). Esta estructura de la introducción nos permite establecer un claro itinerario arqueológico de la mano de la historia. La misma introducción de Aznar pone en evidencia que arqueología bíblica e historia bíblica (también historia de Israel) están estrechamente ligadas.

Esta nueva estructuración histórica de la arqueología bíblica que presenta Carolina Aznar completa la visión apuntada por Wright a lo largo de su obra con títulos tan sugerentes como «gigantes en la tierra», «forasteros en Egipto», «la edad de oro», «el tizón salvado del incendio»... Títulos que respondían a etapas bien precisas de la historia y de la arqueología bíblica pero que un manual de arqueología —como lo es el de Wright— necesita definir a través de la sobriedad y el rigor de unas fechas —aunque éstas sean aproximadas, como no puede ser de otra manera—.

A decir verdad, las páginas de la arqueóloga española enriquecen enormemente el programa de trabajo de Wright. Sin esta introducción no hubiera sido interesante volver a editar el trabajo de Wright. Aznar ha sabido, desde el primer momento, adaptar su lenguaje y contenidos a una obra clásica y convertirla en uno de los mejores manuales de arqueología bíblica de última hora.

Quedan, sin embargo, alguna notas por decir, algunas aclaraciones que el lector debe conocer, determinadas opiniones que determinen la mirada subjetiva de quien se acerca a este libro por primera vez. Sin que ello desmerezca, en ningún momento, la nueva edición de una obra que no podía permanecer más tiempo sin ser reeditada.

En primer lugar, creo que el traslado de las imágenes fotográficas al final del libro ha sido un error editorial. Mientras que en la primera edición el lector podía ver ilustrado el contenido del texto con una fotografía en forma de comentario gráfico, en esta segunda edición el lector ha de abandonar la página en su lectura y trasladarse al final de la obra para, en forma de apéndice, encontrarse con la fotografía de rigor que ilustra el texto que está leyendo. En este sentido creemos que la primera edición resultaba más fácil, cercana y didáctica, a sabiendas que las ilustraciones no han sido actualizadas y mantienen el formato originario de la imagen en blanco y negro.

Universidad Pontificia de Salamanca

En segundo lugar, creo que las razones de una buena metodología bibliográfica se imponen ante la estética de la nominación hispana. La página titular de la obra, así como su portada, indica —además del consabido título— que el autor es G. Ernest Wright. Como en realidad lo es. Sin embargo, pienso que de la misma manera que se simplifica el primer nombre del autor bajo la inicial «G» de George, de igual forma se debería de haber hecho con el segundo nombre o sobrenombre —que no primer y único apellido— «Ernest». Por razones prácticas el titular debería haber señalado el referente bibliográfico de la siguiente manera: G. E. Wright, y no como G. Ernest Wright. De esta manera la posibilidad de cometer errores en la citación es mayor. Al elaborar un índice bibliográfico alfabético de autores podría llegar a dudar de poner al autor de esta obra en la letra «E», del nombre «Ernest» y no bajo la letra «W» del apellido «Wright» como correspondería.

En tercer lugar, y continuando con las personalizaciones, creo que hubiera sido más propio destacar el nombre de la arqueóloga española que realiza el centenar de páginas de introducción que vuelven a poner de actualidad la obra reeditada. El nombre de Carolina Aznar no aparece ni en la portada ni en el título de la obra. Tampoco lo encontramos en ningún otro tipo de prefacio o prólogo a la nueva edición. Únicamente la autora firma su centenar de páginas en la última línea de su valiosa aportación. De manera que el lector no descubrirá el nombre de quién es responsable de las nuevas páginas de la introducción hasta que llega a la página 105 del libro.

En cuarto lugar, hay un dato que mueve a confusión en la precisión metodológica. Se trata de la indicación que aparece en el índice de contenidos de la página 7, en donde se anuncia la «introducción a la tercera edición» que encontramos en la página 15. Esta introducción a la tercera edición es la denominación que se da a las páginas de la arqueóloga Aznar. Sin embargo, estamos ante la «segunda edición» de la obra en castellano. Así se indica en el titular de la obra, y después se señala en la página de información oficial del libro (p. 6) en donde se recuerda que la primera edición de esta obra en castellano se realizó en el año 1975. Sólo el lector conocedor de la obra original de Wright descubrirá que la referida como «introducción a la tercera edición» sería, en todo caso, continuación al prólogo a la primera edición que hace Wright en 1955, cuando la obra es editada por The Westminster Press en Philadelphia y que en nuestra obra aparece bajo el título de «prefacio»; y al prólogo a la segunda edición que el mismo autor hace cuando la obra vuelve a ser editada en 1962 por Gerald Duckworth, en Londres, y que en nuestra obra aparece como «prólogo a la segunda edición», que no es otra que la inglesa. Tal vez hubiera sido más práctico para el lector, desde el punto de vista editorial, distinguir los prólogos a las dos ediciones y simplificar la denominación de «introducción a la tercera edición» como «introducción» e indicar el nombre de la arqueóloga Aznar como autora de las páginas.

Lo dicho en estas últimas líneas finales no desmerece para nada el contenido de la obra y mucho menos la centenaria introducción de Aznar.

Universidad Pontificia de Salamanca

Al contrario, son pequeños detalles que pueden ser discutidos o tenidos en cuenta de cara a la próxima edición del libro que, sin duda, llegará. A fin de cuentas, la arqueología, junto a la exégesis, la filología bíblica, las lenguas originales, la paleografía y otros muchos acercamientos de investigación se presenta como una de las fuentes más destacadas al servicio del estudio de la Biblia. El mismo Wright justifica con sólidas razones la importancia de la doctrina científica y presenta los valores de sus resultados por medio de su desarrollo científico, la recuperación de las civilizaciones perdidas, el desarrollo del método arqueológico y una interesante —aunque clásica— bibliografía sobre la arqueología bíblica. Y es que la arqueología bíblica es una de las ciencias bíblicas por excelencia. Una ciencia que Wright cataloga de interdisciplinar. La arqueología bíblica es, ante todo, arqueología y forma parte, por tanto, del mundo de la historia, de la investigación sobre el pasado, del descubrimiento y justificación de datos que confirmen los acontecimientos que pertenecen al patrimonio de la crónica y la historia. Pero la arqueología bíblica es, también, bíblica y, por extensión, parte integrante del estudio de la Sagrada Escritura, de su conocimiento, difusión, ambiente y discurso.

Felicitamos a la renovada Editorial Cristiandad por su trabajo, por el afán de volver a situarse en la vanguardia de los buenos trabajos de exégesis y teología bíblica, por facilitarnos la edición de una obra indispensable para el estudio de la Biblia. Felicitamos, también, a la joven arqueóloga española, Carolina Aznar, por su trabajo preciso y conciso convencidos, como estamos, de que la investigadora tiene mucho más que decir de lo que dice. Tras leer su contribución, uno llega a la conclusión de que su trabajo bien podía ser el esbozo de su propio «manual de arqueología bíblica», que animamos y esperamos ansiosos desde este momento.

Jaime Vázquez Allegue

Sagrada Biblia. Antiguo Testamento. Libros poéticos y sapienciales. Traducción y notas (Pamplona: Eunsa 2001) 1121 pp.

La *Biblia de Navarra*, como se la conoce habitualmente, sigue su curso a buen paso. Esta vez se trata del tomo dedicado a los libros poéticos y sapienciales, que comprende la traducción y anotación de Job, Sal, Prov, Ecl, Cant, Sab y Eclo, siguiendo el orden de presentación en esta obra, que es el orden tradicional de la Vulgata. Las características de este volumen son muy parecidas a las del Pentateuco, que ya fue presentado en *Salmanticensis* 46 (2000) 111-14. Efectivamente, nos encontramos con la misma bella presentación en cartoné, un tipo de letra agradable de leer, perfecta disposición de introducciones, texto y notas, y un papel apropiado. Las opciones de traducción y anotación son prácticamente las mismas. Fideli-

Universidad Pontificia de Salamanca

dad a la letra del original, pero sin violentar la lengua castellana, texto hebreo de la BHS, añadiendo la edición crítica de P. C. Beentjes para ben Sirá; texto griego de la edición crítica de los LXX de Götttingen. En los casos de duda textual, se acepta como lección preferente la seguida por la versión neovulgata, cuyo texto, en letra menor, se añade a pie de página en todos los libros. Por lo demás, la traducción está acompañada de introducciones sobrias a cada libro y de amplias notas, además de un aparato de citas bíblicas paralelas muy amplio.

Las introducciones tienen en cuenta, con un lenguaje asequible y claro, los problemas principales de cada libro, sin entretenerse en cuestiones especializadas y complejas. Las soluciones que se dan a las cuestiones discutidas (autor, composición, origen, etc.) son razonablemente conservadoras, es decir, manifiestan un conocimiento de los problemas y de las hipótesis existentes, y eligen aquella solución que sea menos estridente y que, digámoslo ya desde ahora, es tan defendible como cualquier otra. Veamos algunos casos. En la introducción al libro de Job se presentan con claridad todos los datos del problema. Se distinguen también la introducción y epílogo en prosa del resto, sugiriendo que puedan ser de época distinta. Pero se opta por la unidad del libro. No se dice que Job sea un personaje histórico, pero tampoco se niega. La explicación ofrecida al problema del sufrimiento del inocente se da de forma más bien concordista, sin acentuar la dificultad existente para dar una respuesta, sobre todo cuando no existe una perspectiva de otra vida. Este último aspecto queda en oscuro. Y, aunque se subraya que el sufrimiento tiene su lugar misterioso en el designio creador y providente de Dios, quizá pierde fuerza el libro al no poner de relieve, cómo, en medio del misterio —porque Job no tiene respuesta convincente— se reconoce que Dios es más grande y que los seres humanos no siempre podemos tener respuesta para todo. Por supuesto, es legítimo y conveniente dar una lectura cristiana del texto, y más si se acompaña con textos de la bella encíclica *Salvifici doloris* de Juan Pablo II. Pero no olvidemos que esto es ya, lógicamente, una interpretación cristiana. Mejor es la presentación del Cantar de los Cantares. Aquí, la presentación del sentido literal de este bello libro, el amor entre hombre y mujer, se señala con claridad, apoyando inteligentemente en ello la posterior interpretación cristiana (y judía) de tipo espiritual, la relación entre Dios y su pueblo, entre Cristo y la Iglesia. Algo semejante ocurre con Qohelet o Eclesiastés. La presentación de este libro muestra con claridad los problemas que el autor tenía para explicarse las situaciones de injusticia que su reflexión le llevaba a descubrir. Aquí sí se indica cómo una de las fuentes de este desconcierto es precisamente el desconocimiento de la vida tras la muerte (p. 718), lo que genera inevitablemente un gran incertidumbre ante el sentido de la vida humana, aunque uno confíe en Dios. La afirmación de que Qohelet nos muestra en su libro que «sabe convivir con problemas no resueltos» (718), me parece un buen resumen de la obra. En cualquier caso, es un elemento positivo y lleno de interés el esfuerzo por dar, también en las introducciones, una orientación sobre la lectura cristiana de cada uno de estos libros.

Universidad Pontificia de Salamanca

Las notas de esta edición merecen un comentario. Han mejorado con respecto al Pentateuco. Se distingue con más claridad lo que es comentario literal y lo que es ilustración de tipo espiritual. Por ejemplo, en Job son bien interesantes los textos citados de san Gregorio Magno y de fray Luis de León, sin olvidar algunos pasajes de santo Tomás o, más actual, de la *Salvifici doloris*. También son útiles las notas al libro de los salmos, donde siempre queda un hueco para hacer de cada salmo una lectura cristiana, además de las aportaciones patrísticas, que en este caso priman a san Juan Crisóstomo y a san Agustín. Las referencias a las obras de san Josemaría Escrivá (cuando se editó el volumen aún era beato) son en este volumen más sobrias. No obstante, en el afán por añadir textos magisteriales, algunas veces las citas se cogen un poco por los pelos, como cuando se añade un texto de *Gaudium et Spes* sobre el progreso técnico de la humanidad a propósito del elogio sobre la sabiduría de Job 28, porque allí se usa la imagen de la extracción de los metales del seno de la tierra (110-111). Pero en otros casos, y son frecuentes, los textos del Magisterio de la Iglesia, de los Padres y de los santos —cuya lista se da al final del volumen— son claramente un enriquecimiento de la lectura bíblica, que así se sitúa en su contexto natural, que es la vida de la Iglesia. También aquí podemos dar un ejemplo. El final de Eclesiastés, concretamente 12, 13-14, suena así en la traducción de esta Biblia: «Fin del discurso. Hemos oído todo: teme a Dios y guarda los mandamientos, que esto vale para todo hombre. Dios juzgará si es bueno o malo todo lo que se hace, incluso lo oculto» (759). Es comentado en nota con un texto de santa Teresa de Jesús, que resume así lo que la vida es: «Todo es nada, y menos que nada, lo que se acaba y no contenta a Dios» *(Vida* 20, 26).

La traducción, en las pruebas que he hecho, suena aceptablemente. En algunos casos quizá no consiga la elegancia de unos textos que son en gran parte poesía. Pero, al menos, tiene claridad y corrección, y se entiende suficientemente. En resumen, un nuevo volumen de la *Biblia de Navarra,* más sobrio que los anteriores, con introducciones más actualizadas, con una opción centrada en la lectura espiritual y cristiana del Antiguo Testamento, pero dando una información suficiente de los problemas y las cuestiones básicas de cada libro. Creo que podemos felicitar a los autores.

José Manuel Sánchez Caro

F. García López, *El Pentateuco. Introducción a la lectura de los cinco primeros libros de la Biblia* (Estella: Verbo Divino 2003) 383 pp.

Con este volumen se completa la serie editorial titulada «Introducción al Estudio de la Biblia», que en sus 10 publicaciones anteriores ha tenido gran aceptación entre el público de habla hispana y cuyos volúme-

Universidad Pontificia de Salamanca

nes han sido traducidos al italiano y al portugués. A través de estas páginas el lector hispano-parlante puede ver los planteamientos críticos más recientes en torno a los cinco primeros libros de la Biblia, a base de una bibliografía exhaustiva impresionante de los mejores especialistas en lengua alemana, inglesa, italiana y española. El lenguaje es claro y nítido y sin tapujos. Así, comienza el autor por afirmar que Yahvé, el Dios de la Biblia, incluye «muchos personajes con muchas contradicciones», pues aparece «como patrón, guerrero y legislador» (p. 25). No aborda el problema del origen beduino y nomádico del Dios de Israel que surge en las estepas del Sinaí en una sociedad beduina bajo la égida de Moisés en contacto con el «sacerdote de Medián», Jetró, suegro del mismo. Hace unas décadas se han encontrado dos inscripciones en Egipto donde se habla de los *shasu* (beduinos de la península sinaítica) *de Yhwa*. El autor desconfía de la historicidad de los relatos patriarcales, aunque reflejan mayoritariamente costumbres anteriores a la época de la monarquía, como la carencia de un sacerdote profesional.

Respecto de las fuentes del Pentateuco dice que los últimos planteamientos tratan de esquivar la tradicional hipótesis de los documentos (JEDP), pero no hacen sino retornar a los modelos anteriores a Wellhausen, acudiendo a las consabidas teorías de los fragmentos y complementos (p. 50). Respecto de las leyes del Éxodo, éstas se inspiran y se relacionan con contextos narrativos, a los que originariamente no pertenecían (p. 130). La epopeya sacral del Éxodo supone un núcleo histórico que ha sido idealizado para fundamentar la fe en Israel (p. 136). La fiesta de la Pascua originariamente es de origen nomádico pastoril, anterior a la estancia de los hebreos en las estepas del Sinaí, pero al coincidir con la salida de éstos, se la relaciona con la gran epopeya (p. 165). La fiesta de los *Azimos* refleja un transfondo agrícola sedentario (p. 165), pero termina uniéndose a la pascua en las fiestas de la peregrinación. Respecto del paso del mar Rojo, el autor da de lado a las hipótesis sobre el lugar del mismo, aunque destaca los distintos posibles itinerarios por el Sinaí, haciendo ver que la tradición del sur de la península no aparece en la tradición judía, sino en la cristiana a partir del siglo IV d.C.

Respecto a la promulgación del Decálogo —síntesis única ético-religiosa— afirma, conforme a los planteamientos críticos más exigentes, que su incrustación en la *teofanía* de Éx 19-20 es artificial, pues rompe el contexto. Y cree el autor que su redacción definitiva es de época tardía (p. 196). En el relato de la teofanía terrorífica del Sinaí, junto al monte sagrado Horeb, «lo real se mezcla con lo simbólico, lo natural con lo sobrenatural en una especie de *liturgia cósmica* sobrecogedora» (p. 188). Y supone que las leyes diversas que aparecen en el Éxodo nacen en un contexto histórico, pues en la epopeya del Éxodo «el acto salvífico fundamenta las leyes del Pueblo de Israel» (p. 190), pues «la *ética* nace del don de la liberación y no al revés» (p. 190), porque en el AT «Yahvé es la fuente y el origen de la Ley» (p. 191). En el Decálogo, ética y Religión van unidas, y así es «el documento más notable de este aspecto *ético* de la Religión» (p. 197). El llamado «Código de la Alianza» presupone una sociedad

Universidad Pontificia de Salamanca

sedentaria ocupada, sobre todo, en la agricultura» (p. 201). Resulta interesante la mención de la inscripción de Deir Allah (s. VIII a.C.) en la que se menciona a «Balaán, hijo de Beor, el vidente de los dioses» (p. 262), que coincide con el relato de Num 23-25. Respecto de la formación del Deuteronomio, el autor da por supuesto diversos estratos redaccionales, que comienzan en los siglos VIII-VII y se continúan en el exilio y después del exilio. Es una magnífica «teologización» de la historia de Israel para dar sentido a sus tragedias y frustraciones. Hemos entresacado las diversas afirmaciones del autor para que el lector se persuada del sentido crítico de unas páginas que constituyen la mejor introducción al Pentateuco. Este volumen, pues, constituye el mejor colofón a la serie editorial «Introducción al estudio de la Biblia».

Maximiliano García Cordero, OP

L. Alonso Schökel - J. L. Sicre Díaz, *Job. Comentario teológico y literario* (Madrid: Cristiandad 2002²) 808 pp.

En 1983, la antigua Cristiandad sacaba a la luz el comentario teológico y literario al libro de Job y lo convertía en una de las referencias obligadas más importantes de la literatura exegética del Antiguo Testamento editadas en castellano hasta el momento. Por aquel entonces, los comentarios bíblicos en español se reducían a una pequeña selección de textos más o menos superficiales que acercaban al lector a los textos sagrados con sobriedad y austeridad. La publicación del comentario al libro de Job que realizaron Schökel y Sicre se convirtió en el lugar de lanzamiento para una sucesión de títulos exegéticos que no han dejado de editarse hasta nuestros días. Sin duda, la aparición de esta obra en la década de los ochenta constituyó un paso de gigante garantizado por las firmas de dos de los mejores biblistas españoles de todos los tiempos. Luis Alonso Schökel, profesor de Antiguo Testamento en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, y José Luis Sicre Díaz, lo mismo en la Facultad de Teología de Granada, constituían la vanguardia de la exégesis española de la segunda mitad del siglo XX.

Han pasado dos décadas desde la aparición de la obra. Veinte años después, la ahora renovada Editorial Cristiandad nos vuelve a ofrecer la obra con un semblante moderno y lleno de aciertos editoriales. Si bien la obra forma parte de las novedades de edición —las comentaremos más abajo—, el cuerpo del trabajo sigue ofreciéndonos un comentario —casi habría que denominarlo tratado o manual— del libro del Antiguo Testamento de Job, que todavía no ha sido superado en el marco de la exégesis española. Digamos, para entendernos, que la Editorial Cristiandad ha tenido el acierto de recuperar una obra de esas que no pasan de moda, que no forma parte de las novedades editoriales de temporada ni perte-

Universidad Pontificia de Salamanca

nece al ámbito de los libros que sólo se venden los primeros meses de su publicación y salida al mercado.

El comentario al libro de Job de Schökel y Sicre es, sin duda, una obra de obligada presencia en las bibliotecas bíblicas y teológicas, manual de consulta permanente de los exégetas y biblistas, libro de cabecera de especialistas en el Antiguo Testamento y en la literatura sapiencial. Hay que felicitar al nuevo equipo editor y gestor de Cristiandad al optar por recuperar este tipo de obras. Si en su día se felicitó a San Miguel por la edición de la obra y a los autores por el trabajo realizado, a día de hoy no podemos ser menos y recordar que obras de estas características no pasan de moda.

Como en la primera edición de la obra, el comentario al libro de Job corre a cargo de Luis Alonso Schökel —P. Alonso, para los que lo tuvimos de profesor y amigo—. José Luis Sicre —también amigo y colega— se había encargado de las introducciones y abundantes anotaciones a la traducción del texto. Sicre ha tenido la delicadeza de conservar el trabajo del fallecido Schökel por su originalidad, fortaleza y, sobre todo, actualidad permanente. Él, por su parte, recupera su trabajo y nos ofrece una lectura renovada y propia de la obra.

La actualización bibliográfica es una de las principales novedades y aportaciones de esta nueva edición. La primera edición reducía al mínimo el orden bibliográfico, mientras que en estas nuevas páginas nos encontramos con un apartado completo de trabajos sobre el libro de Job desde las distintas perspectivas que configuran el estado actual en el que se encuentra la investigación de la obra. Cada capítulo comienza y termina con un apartado bibliográfico, que permite al lector acceder a otras fuentes y comentarios paralelos.

La segunda gran aportación de esta nueva edición la encontramos en las notas a la traducción —como Sicre llama a las anotaciones de carácter filológico—. Se trata de una nueva serie de apreciaciones que tienen en cuenta el contenido de los textos originales a la luz de su traducción, destacando el contexto y la intencionalidad del autor. Las nuevas anotaciones textuales contienen las grandes aportaciones que han ido apareciendo en los últimos años al estudio y conocimiento de los textos de Job. José Luis Sicre ha intentado recoger la mayor parte de las aportaciones filológicas y exegéticas que han ido apareciendo en los últimos comentarios para ponernos a la última de los estudios sobre el texto.

La tercera novedad que encontramos en la nueva edición del libro la tenemos en la presencia de caracteres hebreos. Una de las buenas aportaciones de la informática con los programas de texto de última generación permite al investigador trabajar alternando la grafía hebrea con la española. De esta manera el lector puede percibir visualmente y leer de manera inmediata los términos en su idioma original, tal y como los encontramos en la versión de la Biblia Hebrea. Esta inclusión —ausente en la primera edición— garantiza la fidelidad a la fuente y permite al lector descubrir las posibles variantes y diferencias entre textos, pero, sobre

Universidad Pontificia de Salamanca

todo, ofrece al conocedor de la lengua la posibilidad de hacerse un juicio personal sobre el contenido del texto que se está analizando.

El resto de la obra mantiene la estructura inicial. Tras un detallado prólogo (en el que se incluyen un índice de abreviaturas de los libros bíblicos, una lista de las siglas utilizadas en la obra, la presentación que había aparecido en la primera edición de la obra y una nota del profesor Sicre a la segunda edición) nos encontramos con la introducción a la obra. Una introducción detallada al máximo, en donde se analizan los precursores del libro de Job, el marco narrativo de la obra, la división del bloque poético del texto, la tercera rueda de discursos, los discursos de Elihú, los discursos de Dios, la formación y elaboración del libro sagrado, las fechas de redacción, los motivos e intenciones que movieron a su composición, las concepciones religiosas que se presentan, el estilo y vocabulario, los géneros literarios... Nos encontramos ante una introducción de casi un centenar de páginas, que bien podrían formar parte de un trabajo independiente y que, lejos de sobrar, constituye la clave de lectura del comentario.

A continuación tenemos el comentario a la obra en su totalidad. De forma minuciosa y a la vez rigurosa, los autores van analizando cada uno de los capítulos que forman el cuerpo de la obra del Antiguo Testamento. Tras el estudio de la introducción (capítulos 1 y 2 del libro de Job), nuestros comentaristas dividen el comentario en cuatro actos, como si se tratase de una representación dramática del teatro clásico (cuatro actos con sus correspondientes interludios y entremeses).

El *primer acto* de la obra comenta los capítulos del 3 al 11 del libro de Job. La estructura del comentario va analizando cada uno de los elementos que aparecen en el texto y que constituyen el argumento de interpretación de cara a su exégesis y teología. El comentario estudia los términos, las expresiones, las fórmulas, las perícopas y los párrafos que forman el eje sobre el que se vertebra progresivamente la obra.

El *segundo acto* analiza los capítulos 12 al 20. A lo largo de más de un centenar de páginas, nuestros autores nos acercan a las historias de la segunda rueda de intervenciones, en donde el autor del libro bíblico decide prolongar el diálogo porque a Job todavía le quedan muchas cosas que decir. Las intervenciones de los tres amigos confirman lo que anticipaba el capítulo anterior del comentario. A estas alturas de la obra bíblica, de la idea de consolar a Job, queda muy poco. El resultado: la tensión dialéctica y que el reproche reemplace a la exhortación del primer acto (Job 3-11).

El *tercer acto* de nuestro comentario nos acerca a los capítulos 21-27. El estudio de nuestros dos biblistas considera oportuno centrar la atención en las primeras introducciones a los esquemas de la obra: «*han discurrido dos ruedas: lo suficiente para establecer un esquema claro y lógico*» (p. 387). De ahí que el comentario —ligeramente ampliado— comience a familiarizarnos con una metodología de lectura bien definida, que sigue una estructura fija y prefijada (el lector descubrirá la estructura de esta metodología rápidamente con la lectura del comentario). La consecuencia: Una clara estructura interna en la obra permitirá situarnos ante la pers-

Universidad Pontificia de Salamanca

pectiva de un documento muy pensado, organizado y bien distribuido. Sin embargo, son nuestros mismos comentaristas al libro bíblico quienes nos advierten de los riesgos y de las excepciones que esta organización conlleva. Pensemos, por ejemplo, en el momento en que nos acercamos al texto hebreo y descubrimos que la atención al esquema desaparece. Las ocasiones en las que la estructura general de la obra se rompe, en esta tercera parte hace que nuestros autores presenten todas las hipótesis posibles para justificar la disfunción textual (la alteración del texto por parte de un editor posterior, la pervivencia de un percance en la transmisión a la hora de copiar el libro bíblico, que la ruptura sucedió, en parte, en manos del autor...). La desgracia del malvado se convierte, de esta manera, en la focalización temática del acto. Los tres amigos se han ido relevando para desarrollar sus propias reflexiones sobre las desgracias a que se ve sometido el malvado. El capítulo 28 del libro de Job actúa como interludio de la obra. Nuestros dos biblistas así lo presentan, confirmando la necesidad de este tipo de secuencias en medio del texto.

El *acto cuatro* es el más amplio. Schökel y Sicre lo dividen en dos partes (Job 29-31 y 38-42, 6). En medio quedaría una inserción con los discursos de Elihú (Job 32-37). Una inserción que llama la atención de los lectores. Cuando todos esperábamos la respuesta de Dios a Job, entra en escena un nuevo personaje, que es introducido por un prólogo en prosa narrativa. Aparece Elihú, que se incorpora a la discusión a través del diálogo: un advenedizo que pasó por el lugar se detuvo a escuchar la discusión y entra en el debate.

La primera parte del *acto cuatro* es el resultado y la consecuencia de los diálogos de los tres actos anteriores. Aquellas reflexiones desembocan en un callejón sin salida. La necesidad de un nuevo interlocutor es la garantía de que todavía quedan cosas por decir y sigue presente la necesidad de responder a muchas dudas. En este momento llama la atención de nuestros comentaristas la actitud de Dios, que permite que Job diga todo lo que tiene que decir, que con todo respeto deja a Job que eche por la boca lo que piensa y quiere manifestar, mientras Dios escucha con paciencia todas sus palabras.

La segunda parte del *acto cuatro* nos sitúa ante las postrimerías de la obra (Job 38-41). Se anticipan finales, se anuncian las proclamaciones definitivas. Este segunda parte permanece unida a la primera parte del *acto cuatro*. Es necesario conectar el comienzo de la segunda parte con la primera y saltar la interrupción que produce la inserción de la figura de Elihú. En esta ocasión, los comentaristas nos ponen en antecedentes: «*recuerde el lector que empalmamos con el final del capítulo 31, saltándonos la interrupción de Elihú*» (p. 649). A decir verdad, la estructura propuesta en el texto procede de una lógica incuestionada. En este sentido, hemos de recordar que nos encontramos ante un amplio comentario a la obra de Job. Un trabajo minucioso y de labor de orfebre. Ir desentrañando cada uno de los versículos que forman las perícopas, que constituyen los capítulos, que configuran los apartados y que definen los actos en los que

Universidad Pontificia de Salamanca

se divide la obra es, desde este punto de vista, la finalidad primera y primordial de la obra. Los seis primeros versículos del capítulo 42 evidencian la continuidad de la segunda parte del *acto cuatro*. No así los versículos siguientes de este capítulo.

En forma de epílogo y de final de la obra nos encontramos con el capítulo 42, 7-17. Una conclusión divida en dos secciones. En la primera, Dios zanja la discusión entre los amigos y Job (7-9); en la segunda, se describe brevemente la restauración de Job (10-17). De esta manera termina el libro de Job y el comentario de Schökel y Sicre. La segunda edición de Cristiandad mantiene la estructura y división en actos, que había resultado tan original en la primera edición.

Al final, nuestros comentaristas nos ofrecen una explicación de la particular traducción del libro de Job. Una versión novedosa que recuerda las anteriores traducciones del texto bíblico y las diferentes interpretaciones que se han venido haciendo de la obra. Este apéndice, lejos de formar parte del comentario, nos presenta un análisis metodológico de la traducción de un texto bíblico —en nuestro caso del libro de Job—, que bien valdría para definir, en forma de manual, la metodología de traducción de la literatura bíblica, partiendo de los textos originales. Algo así como un «libro de estilo para el traductor bíblico».

Las últimas páginas del libro están dedicadas a los índices. El primero es un índice de autores que incorpora la cantidad de nombres a los que el texto nos ha ido remitiendo a lo largo del comentario. Los principales comentaristas y especialistas en el libro de Job están presentes en el índice de nombres. El segundo es un índice de temas teológicos, con la advertencia anotada de que este índice ha sido elaborado por Carmen Ibarra y Luis Cervellera. En este apartado tenemos una buena cantidad de referencias y alusiones —en forma analítica— a los temas más representativos de la obra de Job y a la teología bíblica que de ella se deriva. El tercero es un índice de temas literarios que vuelven a elaborar Carmen Ibarra y Luis Cervellera. En esta ocasión el índice nos ofrece las particularidades de la obra desde el punto de vista literario. Así encontramos argumentos de carácter estilístico, formal, narrativo, poético, imágenes, secuencias, estructuras internas y todo tipo de referencias que nos permitan acercarnos a la obra sagrada también como texto literario. El cuarto es un índice de citas bíblicas. Aquí nos encontramos con todas las alusiones a los libros de la Biblia que son utilizados en el comentario. Ordenados de forma alfabética, se incluyen tanto los libros del Antiguo como del Nuevo Testamento. Echamos de menos, sin embargo, la inclusión de citas referentes a la literatura apócrifa, a los manuscritos del Mar Muerto y a otra posible documentación que nos ayudase a ilustrar la obra bíblica. El último es un índice general detallado de toda la obra, en donde se definen los apartados más pequeños de cada uno de los capítulos.

Felicitamos a José Luis Sicre por el trabajo realizado para preparar esta segunda edición de la obra. Hasta hace poco tiempo el valor de una segunda edición se plasmaba en el subtítulo de «corregida y aumentada»;

Universidad Pontificia de Salamanca

sin embargo, para nosotros, el modelo de corregido y aumentado se traduce en «mejorada y renovada». Casi me atrevería a decir, para finalizar, que esta segunda edición podría considerarse, también, un homenaje a quien en su día puso su nombre y trabajo al lado de José Luis Sicre, que fue Luis Alonso Schökel.

Lo repito: considero un acierto editorial recuperar el comentario al libro de Job. La nueva y renovada Cristiandad ha comenzado una nueva andadura con fuerza y entusiasmo. La colección «Escritura» de la editorial ha vuelto a ofrecer las obras más emblemáticas de la exégesis y teología bíblica. Una apuesta que merece nuestro reconocimiento y felicitación.

Jaime Vázquez Allegue

A. Díez Macho - A. Piñero Sáenz, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. III (Madrid: Cristiandad 2000²) 612 pp.

Algunos esperábamos esta obra como «agua de mayo». Sirva la metáfora como expresión de la necesidad de reimprimir —al menos— o reeditar una obra que se había agotado hacía bastantes años y que forma parte de aquel grupo de libros que los biblistas y exégetas consideran «fuentes» de trabajo. Y es que, a decir verdad, hablar de la edición de los apócrifos de Antiguo Testamento es hablar de fuentes y materiales de consulta obligados en el mundo de la Biblia.

En 1982, la antigua Editorial Cristiandad sacó a la luz el tercero de los cinco volúmenes que formaron la colección de los «Apócrifos del Antiguo Testamento». La dirigía, por aquel entonces, el ínclito profesor Alejandro Díez Macho —don Alejandro, lo llamaban quienes eran, de verdad, sus amigos—. Aquel hombre había creado una escuela de biblistas entusiasmados con la investigación exegética, con el estudio de la literatura bíblica, con el análisis filológico y exegético de los textos sagrados. Había creado un cuerpo de investigadores en torno al CSIC que trabajaban a destajo todo aquello que tuviera que ver con la Biblia Hebrea. Hebraístas, filólogos, especialistas en judaísmo, en literatura rabínica, en el Talmud, la Misná, en los textos gnósticos de la biblioteca de Nag Hammadi, y —por fin— en los Apócrifos del Antiguo Testamento.

Cristiandad había puesto a su disposición la editorial para ir publicando la totalidad de los textos apócrifos del judaísmo o de los textos que quedaban al margen del canon de la Biblia Hebrea y de nuestro Antiguo Testamento. El resultado de aquel proyecto fueron los cinco volúmenes en castellano que contienen una buena cantidad de los llamados Apócrifos del Antiguo Testamento.

La muerte de Alejandro Díez Macho y los avatares de la vida trajeron, como consecuencia, la disolución de aquel grupo de investigadores. El proyecto inicial había llegado a su mayor esplendor y alcanzado los

Universidad Pontificia de Salamanca

mayores éxitos editoriales. Por primera vez en España teníamos los Apócrifos del Antiguo Testamento a nuestro alcance. La desintegración del grupo de investigadores de la escuela de Díez Macho dejó en el aire algunos de los trabajos que completarían la edición definitiva del proyecto inicial. Todavía, a estas alturas, esperamos la publicación de un sexto volumen de la obra que quedó en ciernes.

Pero la muerte de Díez Macho no fue el único inconveniente que sobrevino al proyecto. El fallecimiento de San Miguel, director de la Editorial Cristiandad, trajo consigo la paralización de una buena parte de los trabajos en marcha. El volumen tercero de la colección se había agotado y nada ni nadie parecía estar dispuesto —también capacitado— para reeditar aquellas páginas.

Dos décadas después, cuando la editorial aparece relanzada, con la fuerza que necesitaba y recuperando el vigor inicial, el volumen agotado vuelve a las estanterías de las librerías y a ponerse al alcance de las nuevas generaciones de biblistas y los jóvenes investigadores que no habían tenido acceso a una obra agotada y desaparecida. De la mano de Antonio Piñero —profesor de la Universidad Complutense—, uno de los miembros del antiguo clan de Díez Macho y uno de los mejores conocedores de la literatura apócrifa, nos llega el tercer volumen de la obra, con el buen criterio de preparar esta nueva edición del volumen que estaba agotado y que hoy presentamos. Sólo el gesto y la delicadeza editorial por parte de Piñero hace que se merezca el calificativo que lo convierte en homenaje a Díez Macho al perpetuar su obra. Amén —que dirán los escrituristas— del buen servicio que ofrece al mundo de la Biblia. Lo mismo tendríamos que decir de la editorial, de la nueva Cristiandad, al optar, como antaño, por recuperar una obra que, aunque para minorías, es una fuente de trabajo imprescindible para todo el que quiera acercarse al mundo de los estudios bíblicos.

Presentemos —que para eso estamos— la nueva edición de la obra: Sobre el formato, nada que decir. La misma presentación, cubierta y sobrecubierta hacen que quienes teníamos los otros volúmenes pero carecíamos del agotado la incorporemos a la colección bajo el mismo criterio estético y de presentación.

La estructura del volumen es el mismo al de la primera edición. Los documentos seleccionados son los mismos y los investigadores que los presentan y comentan, también. Los recordamos: «Salmos de Salomón», con introducción y texto traducido de Antonio Piñero Sáenz; «Odas de Salomón», con introducción y texto de A. Peral y Xavier Alegre; «Oración de Manasés», con introducción y texto de Luis Vegas Montaner; «Libro cuarto de los Macabeos», con introducción y texto de M. López Salvá; «Libro arameo de Ajicar», con introducción y texto de E. Martínez Borobio; «José y Asenet», con introducción y texto de R. Martínez Fernández; «Oráculos Sibilinos», con introducción y texto de E. Suárez de la Torre. Hay, sin embargo, un pequeño detalle que me ha llamado la atención en la nueva edición de la obra con respecto a la anterior. Se trata de la edición del texto apócrifo de «José y Asenet», que en la primera edición aparecían

Universidad Pontificia de Salamanca

como comentaristas R. Martínez Fernández y Antonio Piñero, mientras que en esta segunda edición el nombre de Piñero ha desaparecido del índice general y, sin embargo, se mantiene en el comienzo de la obra en cuestión (p. 257). En todo caso, y como sucede a lo largo de la obra, hay que destacar el papel de Piñero como actualizador del texto y sus comentarios. Las notas a pie de página contienen una estupenda información sobre los textos en forma de aparato crítico y comentario literario pero son, al mismo tiempo, una fenomenal plataforma para ofrecer al lector una bibliografía precisa sobre el texto en cuestión. En este sentido quiero volver a resaltar el papel de Antonio Piñero, que ha actualizado por completo la bibliografía de los textos apócrifos, poniéndonos al día en las últimas publicaciones y trabajos de investigación al respecto.

Añadamos a la lista de novedades de la segunda edición el índice de siglas y abreviaturas incorporado al comienzo del volumen. Un amplio índice de siglas que nos remiten a las fuentes y documentación que irá apareciendo a lo largo de las diferentes obra apócrifas.

Echamos de menos, sin embargo, una introducción general al volumen, breve y precisa, que justifique y dé razón de la selección de los textos que lo forman y de las características comunes que llevaron inicialmente a Díez Macho a su ubicación en este tercer volumen de la colección. Una justificación —dicho sea de paso— que el investigador puede deducir del primero de los cinco volúmenes, en donde tenemos una basta introducción general al plan de la obra y a los contenidos y géneros de los documentos que quedaron fuera del canon de la Biblia.

No podemos hacer otra cosa que elogiar la edición de esta obra. Felicitar a la renovada editorial Cristiandad por su apuesta al volver a sacar a la luz un trabajo que estaba agotado y hacerlo de manera actualizada. Y felicitar a Antonio Piñero por su trabajo de actualización del volumen y, sobre todo, por su empeño en hacer que este tipo de trabajos no se pierdan y, si se agotan, estén en constante renovación y actualización. No es la primera vez que Antonio Piñero muestra su sensibilidad para trabajar con las fuentes más importantes de la literatura bíblica y sobre todo su calidad, rigor y precisión a la hora de trabajar con ellas. No olvidemos que Piñero fue uno de los grandes colaboradores y seguidores de la obra iniciada por Díez Macho —a la vista está—.

Jaime Vázquez Allegue.

A. Puig i Tàrrech (ed.), *Perdó i reconciliació en la tradició jueva*, Scripta Biblica 4 (Barcelona: Associació Bíblica de Catalunya/Abadia de Montserrat 2000) 246 p.

Durante los años 1998 y 1999 las Jornadas anuales de la Asociación Bíblica de Cataluña se dedicaron a estudiar el pecado y la reconciliación,

Universidad Pontificia de Salamanca

tanto en el AT, como en la tradición judía y el NT. El presente volumen recoge las dos primeras series de estudios. En total, diez trabajos: cinco dedicados al AT y cuatro a la tradición judía, precedidos todos ellos de un estudio general introductorio, de corte más bien hermenéutico teológico.

El primer trabajo, «Perdonar» (11-37), del profesor de la Facultad de Teología de Cataluña, Antoni Bosch i Veciana, es una bella y profunda reflexión sobre lo que significa el perdón en su dimensión antropológica más profunda, que incluye una referencia —o al menos una apertura— a la trascendencia. A. Bosch parte de la dificultad que el hombre contemporáneo tiene para aceptar un verdadero perdón, pues desde Nietzsche resulta difícil, por no decir casi imposible, hacerse una verdadera idea de lo que es el pecado. Con profundidad y agudeza, el autor nos ayuda a ver cómo las ideas de Nietzsche, más que impedir una comprensión del perdón, lo que nos ayudan es a perfilar mejor nuestra idea del pecado. A este estado de cosas, indica el autor, se añade la situación paradójica que se vive acerca del perdón en un mundo globalizado, en el que, por una parte, no se acepta lo que se considera una categoría perteneciente a un mundo religioso caduco; y, por otra, se pide, se exige a veces que determinadas personas e instituciones pidan perdón, casi como si esto fuese una moda del momento. A partir de aquí, A. Bosch nos lleva de la mano por una serie de dimensiones antropológicas y teológicas del perdón, que nos ayudan a comprender mejor lo que esta palabras y esta realidad significan. Así, el perdón sólo puede entenderse desde la gratuidad, como en cierto modo indica su etimología latina *(per donare,* dar totalmente, en gratuidad), lo cual es difícil de comprender para un mundo en el que para la gratuidad apenas hay sitio. El perdón, prosigue el autor, sólo puede entenderse bien en relación con la verdad, la verdad de uno mismo y la del otro; es decir, sólo nace allí donde existe una verdadera relación interpersonal, relación que de manera modélica explicita la Sagrada Escritura, al presentar las relaciones entre Dios y su pueblo como auténticas relaciones personales, que nacen del interior, y en el interior del corazón encuentran el campo de su más profundo y verdadero desarrollo. El perdón comprende, por tanto, un proceso relacional, un esfuerzo por comprender al otro, a la vez que en el otro se va uno comprendiendo a sí mismo y descubriendo como es. Sólo en el ámbito de la comprensión y el diálogo puede florecer el fruto del perdón. Un perdón que ha de ser total, sin fisuras, acogiendo al otro como es, totalmente, sin distinguir en él partes o actos perdonables y no perdonables. De aquí que exista a veces un inevitable conflicto entre perdón y justicia, cuando se trata de una ofensa que públicamente ha de ser castigada por las leyes. El autor piensa que el perdón se realiza sobre todo en el ámbito de la relación personal, mientras que la justicia se lleva a cabo en el marco de lo social; pero, incluso en el marco social, puede en determinadas circunstancias florecer el perdón, como complemento de la justicia; esto sucede, especialmente, cuando se aplica la gracia de la amnistía. Finalmente, se sitúa el perdón en el espacio de la relación con Dios. También aquí se trata de una relación interpersonal, aunque sumamente dispareja: es la relación

Universidad Pontificia de Salamanca

entre el infinito y el finito, entre quien es la plena misericordia entrañable y quien usa mal de su libertad. El perdón de Dios es siempre gratuito, nace de su amor y de su misericordia. Y ello se manifiesta de manera suma en Jesucristo, el hijo de Dios, en quien el amor de Dios, su relación personal con el hombre y la cercanía de su presencia ha llegado a su culmen. Concluye su trabajo, mostrando cómo el perdón, en una sociedad globalizada, en la que paradójicamente se pierde el sentido de comunión entre los hombres, es una realidad necesaria y de gran actualidad, pues permite un inicio de relación entre los seres humanos, capaz de humanizar verdaderamente el mundo en que vivimos.

A continuación, se insertan los trabajos que toman como punto de partida algún texto del AT. Joan Ramon Marín i Torner (39-91) estudia dos textos en los que Moisés es presentado como intercesor por el pueblo ante Dios: Éx 32-34 (el asunto del becerro de oro), Num 13-14 (el fracaso de la primera entrada en Canaán, después del viaje de los primeros exploradores) y Dt 9-10 (relato conjunto de las infidelidades del pueblo e intercesión de Moisés). Los tres textos presentan, además de la intercesión de Moisés, la respuesta de Dios, si bien los tres en géneros literarios diferentes. A partir de aquí se sacan algunas consecuencias sobre el perdón de Dios a Israel no sólo en estos casos, sino en otros momentos de su historia, con lo que se puede elaborar una cierta reflexión teológica sobre el sentido y el significado del perdón de Dios al pueblo de Israel.

Frederic Raurell (93-113) toma como objeto de estudio algunos textos de Oseas, profeta que mantiene la teología de la necesaria fidelidad del pueblo a la alianza, para que ésta se mantenga. La novedad ahora estriba, en que Oseas sustituye la mera noción jurídica de alianza por la más cercana del amor de Dios al pueblo y su unión matrimonial con él. El pecado se presenta ahora como infidelidad al amor de Dios. Dios perdona al pueblo su infidelidad y es este perdón el que hace posible el arrepentimiento del hombre y del pueblo. Por eso, desde la óptica de Oseas el perdón es la victoria del amor de Dios.

Rafael de Sivatte 115-143) estudia el tema del perdón y de la conversión desde la aventura personal y las palabras del profeta Jeremías. Tras una breve presentación de la personalidad y actividad del profeta, el autor se centra en las denuncias de Jeremías acerca del pecado del pueblo frente a Dios y al prójimo, para subrayar después las ofertas de conversión a Dios y al prójimo, que entraña fidelidad a Dios, justicia y amor solidario para con el otro. Por parte de Dios, se promete una nueva alianza, que el autor define como una utopía que se realizará a lo largo de la vida de cada individuo y de la historia del pueblo, la utopía de la plena reconciliación con Dios y entre los hombres. La oferta, sin embargo, no es aceptada. Al contrario, ocasiona padecimientos y dudas en el mismo profeta. Jeremías es así imagen de los nuevos profetas de hoy, que han de llamar a la conversión hacia Dios y hacia el prójimo, y que deben seguir, con la ayuda del Espíritu, trabajando por un mundo convertido, reconciliado, justo y solidario, a pesar de todas las dificultades.

Universidad Pontificia de Salamanca

Desde la perspectiva de otro grande profeta, el segundo Isaías, enfoca el tema del perdón Francesc Ramis i Darder (145-173). Estudia en concreto Is 42, 14-44, 23, donde se presenta al Señor como el redentor *(goel)* de Israel, y el perdón que Dios otorga a su pueblo se presenta ahora bajo la imagen de una nueva creación, la creación de un pueblo nuevo, redimido del poder idolátrico, reconciliado con Dios y reflejo de la gloria del Altísimo.

Finalmente, Nuria Calduch-Benegas (175-195) estudia Eclo 27, 30-28, 7, utilizando diversas versiones, para mostrar cómo ben Sirá expresa ya en el siglo II una doctrina del perdón muy cercana a la del Nuevo Testamento.

Los trabajos que se centran en la tradición judía son también de interés. Josep Ribera-Florit (197-207) estudia las ideas de perdón y reconciliación en algunos textos intertestamentarios y en el Targum de los Profetas, llegando a la conclusión de que, para conocer bien el significado de los términos de este campo semántico en el NT, es muy conveniente —incluso necesario— conocer antes la literatura judía postbíblica.

Damiá Roure (209-221) enfoca el tema desde Ben Sirá y Filón de Alejandría, a los que considera exponentes significativos del judaísmo helenista. La comparación entre uno y otro en este campo muestra muchos puntos comunes, aunque Filón lleva a cabo desarrollos mucho más amplio, especialmente a partir del método alegórico y del diálogo con los filósofos del momento, en particular con los estoicos.

Pecado y reconciliación en el apocalipsis siríaco de Baruc es el objeto de estudio de Joan Ferrer (223-232), para quien el autor de este apocalipsis es un judío palestino, que interpreta la historia con la teología deuteronomista y la visión de la literatura apocalíptica del momento pocos años después de la destrucción del templo. La situación actual del pueblo judío es el severo castigo de su infidelidad a Dios; pero hay una perspectiva escatológica de perdón y reconciliación, que puede conseguirse por la misericordia de Dios y el cumplimiento diario de la ley.

Cierra el volumen un trabajo de Josep Vicent Niclós (233-244) acerca de la interpretación del salmo 51 que hace Salomón ben Ishaq (1040-1105), mejor conocido por Rashi. El autor ofrece el texto hebreo del comentario de Rashi y una traducción propia en catalán.

En conjunto, se trata de estudios siempre interesantes acerca de un tema de importancia, tanto para la comprensión de la Biblia, como para la teología cristiana. Los textos están todos ellos escritos en catalán, con la excepción del trabajo de Sivatte. Se añade un sumario en catalán y en inglés. Hubiera sido bueno contar con un índice de los principales textos bíblicos y de los autores citados. Además, creo que sería de interés una breve presentación de los autores, indicando al menos si son profesores y dónde ejercen la docencia. Por otra parte, nos gustaría que el volumen del NT no tardase demasiado en publicarse. Felicitamos al editor y a los auto-

Universidad Pontificia de Salamanca

res y, de manera especial, a la Asociación Bíblica Catalana, que da con este volumen una señal más de su vitalidad.

José Manuel Sánchez Caro

J. J. Bartolomé, *Cuarto evangelio. Cartas de Juan. Introducción y comentario.* Col. Claves Cristianas 13 (Madrid: CCS 2002) 455 pp.

El profesor del Instituto Teológico Don Bosco de Madrid, Juan José Bartolomé, después de habernos dado un buen estudio sobre el Evangelio y Jesús de Nazaret, y tras haber publicado otro trabajo de parecidas características sobre Pablo de Tarso y sus cartas, recoge ahora también su trabajo docente sobre el cuarto evangelio y las tres cartas joánicas en un volumen de parecidas características al ya publicado sobre Pablo. De paginación generosa —sobre todo teniendo en cuenta el tamaño del libro en 4.º mayor—, el volumen que presentamos se estructura en cuatro grandes capítulos, que son en realidad cuatro diferentes partes de la obra: el intento de situar la literatura joánica en el marco de los orígenes del cristianismo, la introducción a Jn, el comentario, y el estudio de las tres cartas atribuidas al mismo apóstol y evangelista.

En el primer capítulo, el más breve (15-28), el autor sitúa la literatura joánica (Jn, 1-3 y, con dudas, Ap) en el marco de la elaboración escrita de otros textos en la tercera generación cristiana, cuando nacen los evangelios, se va apagando el entusiasmo escatológico por la venida inminente de Jesús el Mesías y comienza a organizarse la comunidad cristiana de manera estable. Es en este marco cuando la comunidad o comunidades joánicas habrían elaborado su cristología alta y su respuesta original a la cuestión escatológica, presentando a un Jesús, logos de Dios hecho carne, que ya ha iniciado la salvación entre sus discípulos y seguidores. Esta cristología alta creará problemas en una doble dirección: por una parte, llevará consigo una especulación, peligrosamente cercana al mundo gnóstico, centrada en la divinidad del Señor y en la salvación personal; y creará dificultades a la hora de constituir una comunidad homogénea y articulada. Mientras una parte de estas comunidades se integrará en la gran Iglesia (probablemente Jn 21 es uno de los testimonios de este acercamiento a la Iglesia romana), otra parte seguirá senderos propios, internándose en el mundo gnóstico.

El segundo capítulo (31-150) es una amplia y bien organizada introducción al cuarto evangelio. En ella se encontrarán casi todas las cuestiones clásicas: texto, historia de la investigación, estudio literario, trasfondo religioso y cultural, las cuestiones acerca de autor, tiempo y lugar de origen, el contexto histórico del evangelio, su pensamiento teológico y un intento de establecer su estructura literaria. En todos los temas el autor

Universidad Pontificia de Salamanca

muestra un amplio conocimiento de la literatura especializada, toma opciones prudentes y fundamentadas, sin dejarse llevar por especulaciones demasiado hipotéticas y poco fundadas. En general, es de agradecer la información sobria y rigurosa de las hipótesis más importantes, así como la aceptación de aquellas que, en conjunto, parecen más verosímiles. Nuestro autor sigue en gran parte la propuesta de Brown, que prefiere hablar de unas obras que reflejan diversas etapas de la vida de unas comunidades concretas, antes que postular una serie de fuentes en el mismo evangelio, lo que crea dificultades difícilmente solubles (60-81). Acerca de la debatida cuestión del gnosticismo joánico, J. J. Bartolomé piensa que no es necesario presuponer influjo cierto de sistema gnóstico alguno. «Bastará con aceptar que elementos pregnósticos, que estaban ya presentes en el judaísmo y en el primer cristianismo, formaran parte del contexto en el que se movió el evangelista y frente al que habría reaccionado» (91). No se atreve a pronunciarse acerca del ámbito en que se originó el cuarto evangelio, aunque puede decirse de manera general que su contexto es el judaísmo del siglo I, sin que pueda precisarse mucho más (97). Acerca del autor, tras presentar algunas propuestas principales, considera que las dos más atendibles serían las propuestas de F. M. Braun y M. Hengel, por ser las que mejor articularían los datos de la tradición con las exigencias de la crítica literaria (107-8). Tampoco existe una respuesta decisiva a la pregunta sobre el origen del evangelio y de las cartas. La opinión más aceptable sigue siendo Efeso y la región de Asia Menor (110). En cuanto al tiempo de redacción, el papiro Rylands y otros papiros recientemente estudiados no permiten ir más allá del 125. Parece, pues, que estos escritos habrían de situarse a finales del siglo I y comienzos del II. Antes, es difícil: su teología tan elaborada, la escatología realizada que supone y la más que probable larga redacción del original, junto con algunos otros datos, no parecen permitir una datación cercana al año 70 (111-2). En cuanto a las grandes líneas teológicas del evangelio, el autor dedica al tema treinta densas páginas (113-142), en las que se repasan con sobriedad y documentación los grandes temas teológicos. Así, entre otros, la polémica con el judaísmo, la polémica antibaptista, las cuestiones de cristología, el significado de la comunidad cristiana y todo lo relativos a la salvación y la escatología. Concluye la introducción con una propuesta, sobria también, de estructura narrativa. En conjunto, se trata de una introducción que toca todos los temas básicos, está bien informada, es sobria en la exposición y prudente en la aceptación de soluciones. Para un estudiante que se inicia en Jn es suficiente y tiene además el mérito de incitar a lecturas posteriores, abriendo campos de interés, que son completados principalmente en el rico aparato de las notas, con que todo el texto va apuntalado.

El tercer capítulo, el más largo de todos (151-377), es un comentario al cuarto evangelio. No podemos entrar aquí en detalle. Solamente indicar que se trata de una lectura cursiva de todo el evangelio, no verso por verso, sino por párrafos agrupados de manera lógica y coherente. El acento se pone en lo teológico, no tiene muchas desviaciones (como es natural

Universidad Pontificia de Salamanca

en un comentario cursivo de este tipo) y contiene muchos más datos de los que a simple vista uno pude imaginarse. Dividido en grandes perícopas, suele llevar una breve introducción a esa perícopa, una división justificada de ella y un comentario por grupos de versos, ajustado a la división establecida. Las notas en este caso reflejan los comentarios que de manera habitual se siguen para cada perícopa, así como algunas aclaraciones y algunos estudios monográficos. El resultado es un comentario esencial, que puede ser útil en muchos casos como una primera aproximación, especialmente si se usa con el texto evangélico ante los ojos. Particularmente acertada es la selección de breves textos de san Agustín, con que a veces en las notas se ilustra un pasaje del evangelio.

Finalmente, se dedica el cuarto capítulo a las tres cartas de Juan, a las que se hace una breve introducción, acompañada de un comentario cursivo (379-439). Para nuestro autor, 1 Jn tiene unidad literaria, la cual se explicaría mejor por el origen histórico y las circunstancias que motivaron el escrito, antes que por razones y análisis meramente literarios. Habría sido escrita después del evangelio, no es un escrito de presentación de éste y, aunque no sepamos quién es el autor, ni podamos precisar si coincide con el del cuarto evangelio, lo que sí parece claro es que pertenece a su mismo ámbito comunitario e ideológico. Las otras dos cartas son cartas en sentido estricto y, aunque no tenemos datos para demostrarlo con claridad, parece que deberían situarse, como el evangelio y 1 Jn en el espacio de Asia Menor (posiblemente en Éfeso o su entorno) hacia finales del siglo I y comienzos del siglo II.

Por lo demás, el comentario cursivo o «lectura exegética», como la denomina el autor, de las cartas cierra el volumen, al cual se añaden unas páginas con la bibliografía más importante (445-449); en ella, aunque se dan casi todos los estudios importantes escritos en castellano, falta por reseñar alguna traducción importante, por ejemplo, la versión española del comentario de Schnackenburg (curiosamente sí se da la de las cartas). Se echa de menos en una obra de este tipo un índice de autores, que ayudaría mucho a recuperar datos bibliográficos y opiniones de las notas. El libro está bien impreso. Llama la atención la numeración de las notas, todas seguidas con numeración única a lo largo de cada capítulo (en la lectura cursiva de Jn llegan hasta el número 705), efecto probablemente de haber llamado capítulos a lo que, en realidad, son partes del libro. No he encontrado casi erratas. Para la anécdota, valga el error de p. 55, línea 9, donde la cita de Jn 14, 1 debe sustituirse por la correcta, que es 13, 1. Por todo ello, felicito con gusto a la editorial y al autor, al que animo a seguir dándonos estudios como éste, que serán sin duda de mucha utilidad a estudiantes del NT y a todos aquellos que quieran orientarse en el complicado mundo de la exégesis bíblica y, en este caso, de la apasionante obra joánica.

José Manuel Sánchez Caro

Universidad Pontificia de Salamanca

J. Núñez Regodón, *El Evangelio en Antioquía. Gál 2, 15-21 entre el incidente antioqueno y la crisis gálata.* «Plenitudo temporis» 7 (Salamanca: Universidad Pontificia 2002) 324 pp.

El presente estudio es la versión en libro de la tesis que el autor sostuvo en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca para conseguir el grado de doctor en Teología. De su origen académico este trabajo conserva el rigor en la exposición, la documentación en nota de cada afirmación importante que se hace, y la seriedad y rigor del método empleado. Afortunadamente, nada queda de la metodología a veces pesada con que las tesis se presentan. El trabajo está escrito con claridad y fluidez que se agradecen. Su lectura no es más difícil de lo que requiere un trabajo de estas características y, en algunos momentos, resulta hasta apasionante, especialmente cuando, con sobriedad digna de encomio, se reconstruyen las circunstancias del incidente de Antioquía entre Pablo y Pedro (Gál 2, 2-24).

El objetivo de todo el trabajo es el estudio de una perícopa que el autor considera paradigmática del pensamiento de Pablo, en razón sobre todo de la precisa formulación de la antítesis entre justificación y ley del v. 16 (p. 20). Y la pregunta concreta que sobre este texto se hace es la siguiente: si este texto es dependiente del incidente antioqueno o nada tiene que ver con él. Dicho de otra manera, si la formulación de la antítesis entre justificación y ley de Gál 2, 16 se ajusta a las palabras de Pablo en Antioquía con motivo del incidente o si es expresión de un lenguaje posterior. Para responder a este interrogante, el trabajo se articula en cuatro partes, que vamos a presentar brevemente.

La primera parte (caps. I-II) se dedica al contexto literario del pasaje estudiado. Se analiza la estructura general de Gál y, sobre todo, la de sus dos primeros capítulos, sometiendo a discusión además la hipótesis de H. D. Betz, consistente en estructurar la carta desde la perspectiva de la retórica judicial o forense. Finalmente se expone la estructura aceptada, en la que se aceptan algunas de las propuestas anteriores, pero con bastantes variantes. Nuestro texto quedaría incluido en una tercera sección de la *narratio* (1, 3; 2, 21), concretamente tras el relato del incidente de Antioquía (2, 11-14) a modo de *peroratio* en torno al incidente (2, 15-21). Inmediatamente se estudia el carácter histórico del relato ahí incluido (la *narratio),* indicando que todo el relato, sustancialmente histórico, está matizado sin embargo por el interés de Pablo en equilibrar «su comunión e interdependencia de los apóstoles de Jerusalén en orden a salvaguardar la autenticidad de su vocación y la especificidad de su misión de predicar a los gentiles el evangelio libre de la ley» (p. 71).

La segunda parte, preferentemente histórica, estudia los orígenes y formación de la comunidad cristiana de Antioquía de Siria, las relaciones de Pablo con esta comunidad y el famoso incidente del enfrentamiento de Pablo con Pedro a consecuencia de la comunión de mesa con los cristianos provenientes de la gentilidad. Nuestro autor considera que la comuni-

Universidad Pontificia de Salamanca

dad de Antioquía dio origen a una comunidad cristiana donde los paganocristianos tuvieron mucha fuerza; que la visita de Pablo y Bernabé a Jerusalén logró un acuerdo de mínimos sobre la evangelización a los paganos, pero que no solucionó plenamente el conflicto entre los cristianos provenientes del judaísmo y los cristianos paganos; que en este contexto hay que situar la venida de judeo-cristianos de Jerusalén a Antioquía, haciendo modificar la conducta de Pedro en relación con la comunión de mesa. En este contexto también habría que situar el incidente de Antioquía, que para Pablo es importante porque es en ese contexto polémico en el que él hizo valer la igualdad de los derechos de los gentiles, sin las exigencias de la ley. El decreto de Jerusalén sería posterior a estos hechos y, en cierto modo, supondría una cierta derrota inmediata de Pablo y su orientación. En cualquier caso, Pablo no cuenta el hecho como anécdota sin más, sino que la cuenta porque tiene un significado importante para la situación que existe entre los gálatas a los que escribe.

La tercera parte, que comprende el largo capítulo V (127-180), es un amplio estudio exegético de Gál 2, 15-21 y constituye el núcleo de todo el trabajo. Nuestro autor pone de relieve que todo el conjunto estudiado gira en torno al tema de la justificación por la fe y responde bien —por lo que nosotros sabemos— a los problemas planteados en Antioquía. Pero no se trata de palabras que puedan situarse en el contexto del discurso dirigido solamente a Pedro, sino que reflejan un frente más complejo. Pablo parece dialogar, además de con Pedro y los judeocristianos antioquenos, con los venidos de Jerusalén y con aquellos a los que el mismo Pablo defiende. El problema de fondo parece ser que los judeocristianos pensaban que la comunión de fe en Cristo Jesús con los pagano-cristianos no elimina las diferencias entre judíos y gentiles, y, por tanto, deben cumplir la ley todos, y quien incumple esa ley en razón de la nueva fe se hace pecador. Pablo fuerza el argumento *ad absurdum*, diciendo que así, en último término, se convierte al mismo Cristo en ministro del pecado.

La cuarta y última parte comprende los capítulos VI a VIII. Consiste en un detallado análisis del lenguaje paulino sobre la justificación y la ley, especialmente teniendo en cuenta los giros de Gál 2, 16. Se intenta con ello descubrir si la formulación de oposición entre fe y ley que aparece en este lugar de Gál refleja un vocabulario, con el que ya había operado Pablo en el momento del incidente antioqueno, o más bien refleja una terminología introducida posteriormente, quizá con ocasión de la misma crisis gálata. La conclusión a la que se llega es que Gál 2, 16 tiene una estrechísima relación con Gál 3, y que, probablemente, la formulación de Gál 2, 16 nace precisamente con ocasión de la crisis gálata. No es que Pablo aplicara una teología ya elaborada con ocasión de la crisis antioquena al caso de los problemas de las comunidades de Galacia, sino precisamente al revés: Pablo, en Gál 2, 16, estaría aplicando a la situación antioquena anterior una formulación que, al menos en parte, fue fruto de la crisis gálata. Pero la antítesis ley-fe, que tipifica la distancia de la ley, propia del cristianismo helenista, es fundamentalmente antioquena. Y los textos de Gál

Universidad Pontificia de Salamanca

reflejan en gran medida la terminología propia de la situación antioquena. Por eso, puede decirse que es probable que fuera en Antioquía donde se fraguó el principio teológico de la justificación por la fe y no por la ley. «En ese caso —dice el autor— es legítimo hablar, a propósito de Gál 2, 16, del 'evangelio en Antioquía'» (p. 262).

Entrando ya en el terreno de las valoraciones, conviene decir, en primer lugar, que el tema tratado por el autor en la monografía que he intentado resumir supone un verdadero reto, ya que es mucho lo que se ha escrito y estudiado sobre este pasaje. Sin embargo, puede afirmarse que merece la pena, pues su estudio implica necesariamente introducirse en el corazón mismo de la historia y de la teología cristianas de la primera hora. Además, el estudio de esta cuestión lleva consigo una doble exigencia: el dominio de la amplia bibliografía existente, y la capacidad de valorarla con criterio para emitir la propia opinión. Ambos retos han sido superados con creces. El dominio de la literatura secundaria es excelente. El autor ha leído y asimilado la discusión reciente sobre los problemas implicados en este pasaje y ha sabido valorar con gran equilibrio y acierto las diversas posturas de los autores, para decir su propia palabra, avanzando sobre lo que otros han dicho antes. Lo ha hecho además con sobriedad y con mesura, que son indicio de madurez. También parece acertado el tratamiento metodológico. De hecho, el autor ha ido recurriendo a aquellos métodos que mejor podían responder a su intención de contextualizar históricamente el pasaje estudiado (principalmente al análisis histórico-crítico o literario). A mi juicio ha logrado su propósito de realizar «un ejercicio de exégesis histórica» (p. 21).

En resumen, estamos ante un trabajo sobre un tema bien elegido y planteado, con una discusión rigurosa de la cuestión, lo que presupone un buen conocimiento de la literatura secundaria, y con un planteamiento del tema ordenado y bien trabado. Es de agradecer, además, como se ha dicho al comienzo, que esté todo ello escrito en un castellano correcto, a veces elegante, siempre sobrio y agradable de leer. El resultado es una aportación sólida y en parte novedosa sobre este clásico pasaje paulino, con una explicación matizada de lo que pudo haber dicho Pablo en el incidente de Antioquía, y cuáles son las formulaciones que se sitúan mejor en el contexto de la crisis gálata, a la luz de la evolución del pensamiento paulino sobre la justificación por la fe.

La edición de la obra, como ocurre con todos los volúmenes de la colección *Plenitudo temporis*, es correcta, con un tipo de letra bueno de leer y casi sin erratas tipográficas. Por mor de citar algunas, que siempre existen, corríjase en p. 95 «fornización» por «fornicación»; *Stromata* por *Stromatas*. Y, puestos a afinar, la versión del recuadro de la p. 177 parece muy forzada: «nosotros somos judíos por naturaleza y no pecadores de los gentiles»; más correcto en castellano, si se quiere ser muy literal, sería «pecadores de entre los gentiles». En conjunto, pues, una buena monografía paulina, por la que felicitamos al autor y al director de la colección. Se añade a los buenos trabajos sobre el mismo asunto

Universidad Pontificia de Salamanca

de esta colección y al esperanzador resurgir de los estudios paulinos en España.

José Manuel Sánchez Caro

R. Trevijano Etcheverría, *Estudios paulinos*. «Plenitudo Temporis» 8 (Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca 2002), 642 pp.

Con motivo de su jubilación académica en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, el Prof. Ramón Trevijano ha querido reunir en un solo volumen, revisados y actualizados, los artículos que sobre temas paulinos ha ido publicando en los últimos veinte años; a los que ha añadido uno inédito.

El volumen, que bajo el título de *Estudios paulinos* reúne diecisiete artículos, un buen número de los cuales apareció en su primera edición en la revista *Salmanticensis*, de la que Trevijano ha sido director durante los últimos veinticuatro años, tiene una distribución tripartita. En la primera parte (I. *El Apóstol y su misión)* se ofrecen seis estudios sobre la biografía del apóstol y su carrera misional (pp. 29-229). La segunda (II. *Teología y Ética paulina)* presenta temas de su magisterio (pp. 231-448). La tercera (III. *Por las huellas de San Pablo)* recoge algunas muestras de la posteridad paulina en autores eclesiásticos como Orígenes o en ciertas tradiciones heréticas o de piedad popular (pp. 449-559).

El primero de los artículos, sobre «Los primeros viajes de san Pablo a Jerusalén (Gál 1, 8-20 y 2, 1-10)», ha de leerse en relación con el segundo, «El contrapunto lucano (Hch 9, 26-30; 11, 27-30; 12, 25 y 15, 1-35) a Gál 1, 18-20 y 2, 1-10»; en ambos se ofrece no sólo un estudio de la relación de Pablo con la iglesia jerosolimitana y sus líderes, sino también un repaso general de su actividad hasta que, seguramente a raíz del incidente de Antioquía (cf. Gál 2, 11-14), se hizo misionero independiente de esa comunidad y jefe de misión. El estudio 3, «La misión en Tesalónica (1Tes 1, 1-2,16)», se corresponde ya con esa nueva etapa, en la que tanto las cartas como el envío de emisarios personales fueron dos medios de control de la autoridad del apóstol sobre las comunidades fundadas por él; es lo que se observa ya en 1Tes. En el estudio 4, «El contraste de sabidurías (1Cor 1, 17-4, 20)», se pone de relieve, junto a otros aspectos estrictamente teológicos, cómo al discurso paulino sobre la sabiduría de la cruz no es ajeno el hecho de que algunos de dentro de la comunidad acusaran a Pablo de falta de sabiduría humana, aplaudiéndola en cambio en otros misioneros, particularmente en Apolo. Sigue un estudio sobre «La idoneidad del apóstol (2Cor 2, 14; 4, 6)», que había sido cuestionada no sólo desde apreciaciones retóricas y filosóficas (1Cor 1, 17; 4, 20; 2Cor 10, 10b; 11, 6) sino también en parangón con los «apóstoles por antonomasia» o «superapóstoles

Universidad Pontificia de Salamanca

(2Cor 12, 11-13): mediante el contraste letra/Espíritu Pablo declara su ministerio superior al de Moisés. El último estudio de la primera parte, «Los viajes de Timoteo y la secuencia de las paulinas», hilvana un orden de las cartas de indiscutida autenticidad paulina (1Tes, Flp/Flm, 1Cor, Gál/2Cor, Rom) a partir de las tradiciones de Hch, pese a las omisiones y simplificaciones de la redacción lucana, y de los datos que ofrecen las propias cartas sobre los viajes de Timoteo, proyectados o en curso de realización.

La segunda parte se abre con tres estudios sobre la teología trinitaria de Pablo. El primero de ellos y séptimo de la serie trata de «El misterio de Dios en las comunidades paulinas», sobre la base de que el lugar teológico primordial de la teología del apóstol es la historia bíblica de la salvación. En el estudio 8, «Flp 2, 5-11: Un ΛΟΓΟΣ ΣΟΦΙΑΣ paulino sobre Cristo», Trevijano, que considera insuficientes los datos e inconvincentes los argumentos esgrimidos para identificar el texto de Flp 2, 6-11 como un himno tradicional prepaulino, defiende que se trata de un discurso sapiencial cristológico del apóstol. La terna trinitaria se completa con un trabajo inédito sobre «El don del Espíritu (Gál 3, 5) y vida cristiana»: de la relación de Gál 2, 16 y 3, 5 se deduce que justificación y don del Espíritu son para Pablo dos modos de expresar la misma realidad. Tras un «Estudio sobre la eulogía paulina (2Cor 1, 3; Ef 1, 3)», el estudio 11, «A propósito del incestuoso (1Cor 5-7)», ofrece un acercamiento a la ética de Pablo sobre el matrimonio y la sexualidad, obligado a prevenir en Corinto un movimiento pendular entre la desviación encratita y el libertinaje. Los dos últimos estudios (12 y 13) de la segunda parte, a modo de díptico, tratan del tema escatológico: de «Los que dicen que no hay resurrección (1Cor 15, 12)» se pasa a presentar, de forma más general, «La evolución de la escatología paulina».

La tercera parte, de proporciones menores, tiene cuatro trabajos, emparejados de dos en dos. El decimocuarto artículo de la serie, que ofrece la traducción y comentario de «El apocalipsis de Pablo (NHC V 2: 17, 29; 24, 9)», un documento esotérico del gnosticismo valentiniano inspirado en el texto de 2Cor 12, 1-4 conocido como el «apocalipsis de Pablo», se completa, en el estudio siguiente (15), con la presentación de otras interpretaciones gnósticas del texto del apóstol. La serie se cierra, finalmente, con sendos estudios (16 y 17) sobre la interpretación de Orígenes de los textos de Gál 1, 1-5 y de Gál 4, 4.

Tras estos diecisiete artículos, cada uno de los cuales se concluye con un resumen de aproximadamente dos páginas y un sumario en inglés de unas diez líneas, el volumen se cierra con la Bibliografía, en la que se recogen sólo los trabajos citados (pp. 559-601), y los Índices de textos antiguos y de autores modernos (pp. 603-642).

Dada la composición de la obra a base de estudios parciales, se hace difícil, si no imposible, una valoración de conjunto de la misma. La falta de unidad, sin embargo, es más aparente que real, sobre todo por lo que se refiere a las dos primeras partes, que ofrecen, respectivamente, un cua-

Universidad Pontificia de Salamanca

dro general muy completo de la vida y la actividad misionera de Pablo y de los aspectos fundamentales de su teología. De hecho, son muchas las referencias cruzadas entre unos artículos y otros. A este propósito, resulta un error inexplicable que las referencias de los artículos se hagan sobre la publicación de su primera edición y no sobre las correspondientes páginas del volumen que ahora ha reunido a todos. De esta manera, el volumen habría ganado en unidad interna.

Para el tratamiento de los temas, el Prof. Trevijano echa mano de todos los recursos propios de la interpretación de textos, atendiendo tanto a aspectos lingüísticos y literarios como al contexto, ya sea judío, helenista o de la propia tradición paulina. Es menor, sin embargo, el recurso al análisis retórico, frecuente en los estudios paulinos a partir de la aplicación del mismo a Gál que hiciera H. D. Betz hace ya más de cinco lustros («The Literary Composition and Function of Paul's Letter to the Galatians», en *NTS* 21 [1974-1975] 353-380); y al contexto social, tan en boga en los últimos años con el auxilio de las ciencias sociales y de la antropología cultural.

Aunque con distinta proporción y forma, es frecuente encontrar una antología de las soluciones de otros autores. Valgan, a modo de ejemplo, el elenco de explicaciones sobre el objetivo del viaje a Jerusalén para el llamado concilio apostólico, a partir, sobre todo, de la expresión μή πως de Gál 2, 2 (pp. 46-51); y la clasificación de las interpretaciones de la antítesis letra-Espíritu de 2Cor 3, 6 propuestas por los autores (pp. 178-180).

Como es natural, la solución de los distintos problemas no resulta siempre convincente de la misma forma, sobre todo cuando se trata de cuestiones muy debatidas y en las que han sido ya ponderados todos los argumentos de unas y otras opiniones. Habrá, por ejemplo, lectores especialistas que no aceptarán la idea de Trevijano de que el viaje de Hch 13-14 es posterior al encuentro de Jerusalén y consecuencia del mismo; o de que los oponentes de Flp 3 son (simples) judíos y no cristianos judaizantes. Más dificultades aún tendrá la mayoría en reconocer en Flp 2, 6-11 un discurso sapiencial cristológico de Pablo, y no un himno cristiano prepaulino, como ha sido defendido tradicionalmente sobre la base de trabajos tan significativos como el de E. Lohmeyer (*Kyrios Jesus. Eine Untersuchung zu Phil. 2, 5-11*, Darmstadt 1961 = Heidelberg 1927/28), por citar sólo alguno.

Las referencias bibliográficas, como es habitual en todos los trabajos del autor, resultan sencillamente apabullantes —*sit venia verbo*—. Uno se sorprende más aún cuando sabe que todos los estudios citados se encuentran en su propia biblioteca-hemeroteca personal. Pero, como no podía ser de otra forma, el que la bibliografía sea exhaustiva no significa que sea absolutamente completa. Se nos permitirá, a este propósito, una advertencia de carácter personal. Tan generoso en citarnos en otras ocasiones, el autor, que se pregunta «desde cuándo conoce y utiliza san Pablo la afirmación teológica fundamental de la justificación por la fe (Gál 2, 15-16; Rom 3, 28)» (p. 293), no hace referencia a nuestra obra *El evangelio en Antioquía* (PT 7, Salamanca 2002), fruto de la tesis doctoral elaborada precisamente bajo su dirección y que trata de responder a aquella cuestión.

Universidad Pontificia de Salamanca

Tras muchos años de estudio y enseñanza sobre el apóstol, el Prof. Trevijano tiene un verdadero arsenal de información paulina. El volumen que hemos presentado es la mejor prueba de ello. Pero lo que ahora se nos ofrece de forma fragmentaria y dispersa quizás pueda algún día encontrarse reunido y combinado en una obra unitaria que cruce, a un mismo tiempo, datos de la biografía paulina, de su producción literaria y de su teología. No sería un mal remate para quien, bajo la forma de magisterio, ha sido también, como Pablo, un apóstol de la Palabra.

Jacinto Núñez Regodón

J. J. Fernández Sangrador - S. Guijarro Oporto (coords.), *Plenitudo Temporis. Miscelánea homenaje al Prof. Dr. Ramón Trevijano Etcheverría* (Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca 2002) 560 pp.

Esta Miscelánea Homenaje, que lleva el título de *Plenitudo Temporis*, reúne una treintena de colaboraciones dedicadas al Prof. Ramón Trevijano al cumplir setenta años de vida y casi cuarenta de docencia e investigación. Han participado en ella colegas, discípulos y amigos que desarrollan su actividad académica en diversos centros de España, Francia, Italia, Holanda, Portugal, Argentina y Estados Unidos.

El libro, como suele ser habitual en estos casos, tiene dos partes. La primera está dedicada al personaje, y la segunda al homenaje. Un amigo (Luis E. Rodríguez-San Pedro Bezares), un colega (Olegario González de Cardedal) y uno de sus hermanos (Pedro Trevijano Etcheverría) ofrecen sendas semblanzas sobre el homenajeado. Viene después una lista completa de sus publicaciones: siete libros, setenta artículos, catorce ponencias en congresos, diecisiete artículos de diccionario, y doscientas setenta y una recensiones. Aunque no es usual incluir las recensiones en este tipo de elencos, la extensión y hondura de las publicadas por el Dr. Trevijano justifican su inclusión en este volumen.

La segunda parte del volumen, el homenaje, incluye veintinueve artículos, en los que se abordan temáticas relacionadas con los campos de estudio cultivados por el Prof. Trevijano: el trasfondo judío del cristianismo, el Nuevo Testamento, y la literatura cristiana de los primeros siglos. Cada uno de los artículos va precedido de un sumario en español y en inglés.

Las tres primeras colaboraciones, que se refieren al trasfondo judío del cristianismo, incluyen un estudio sobre el libro de los Jubileos: Domingo Muñoz León, «Deras en el Libro de los Jubileos»; y dos sobre Qumrán: Jaime Vázquez Allegue, «4Q215: Testamento de Neftalí. Edición española anotada»; y Florentino García Martínez, «¿Ángel, Hombre, Mesías, Maestro de Justicia? El problemático 'yo' de un poema qumránico».

Universidad Pontificia de Salamanca

Las ocho siguientes tratan aspectos concretos del Nuevo Testamento. Cuatro estudios sobre el evangelio de Marcos: Santiago Guijarro Oporto, «¿Por qué comienza así el evangelio de Marcos?»; Julián Carrón Pérez, «Curación de un leproso. La extraña ira de Jesús (Mc 1, 40-43)»; Gabriel Pérez Rodríguez, «Estructura y mensaje de Mc 8, 31-10, 52»; Francisco Pérez Herrero, «Mc 16, 1-8: Un final que es el verdadero comienzo del evangelio». Y otras cuatro abordan diversos aspectos de la literatura epistolar del NT: Braulio Rodríguez Plaza, «La acción de gracias y la imitación en 1Tes 1, 5-2, 14»; Jacinto Núñez Regodón, «La idea prepaulina y paulina de justificación. A propósito de 1Cor 1, 30; 6, 11»; José Pedro Tosaus Abadía, «Col 1, 9-23: Estructura y reflexiones teológicas sobre su contenido»; José Cervantes Gabarrón, «La ética de la disponibilidad en la Primera Carta de Pedro».

La parte más extensa de la miscelánea está dedicada a diversos estudios sobre la literatura cristiana antigua. Son en total dieciocho colaboraciones, que están ordenadas con criterios cronológicos y temáticos. Cuatro estudios relacionados con la problemática de la literatura del siglo II: Josep Rius-Camps, «La comunidad cristiana del obispo de Siria, Ignacio, gravemente amenazada por los poderosos círculos docetas y judaizantes»; Xabier Pikaza Ibarrondo, «Confesión de fe y mandamiento del amor. Trasfondo judío del credo cristiano»; José Manuel Sánchez Caro, «Sobre la fecha del canon muratoriano»; José Pablo Martín, «Historiografía, religión y filosofía en el siglo II».

Los cinco siguientes abordan diversos aspectos relacionados con el gnosticismo: Fernando Bermejo Rubio, «La relevancia de las soteriologías gnósticas y maniquea para una crítica de una pseudociencia de la religión»; Gonzalo Aranda Pérez, «El origen de la autoridad apostólica permanente entre los gnósticos»; Alberto Ferreiro, «Portraits of Simon Magus in Anti-Gnostic Sources»; Francisco García Bazán, «La literatura gnóstica en copto y el alegato antignóstico de Plotino: Aportes del códice de Bruce y del Zostriano»; Jorge Juan Fernández Sangrador, «El origen alejandrino de Enseñanzas de Silvano».

Sigue una serie de estudios sobre diversos escritores eclesiásticos: Ysabel de Andía, «Le candélabre à sept branches image de l'Église, selon Irénée de Lyon»; José Ramón Díaz, «La verdad en el *Contra Celso* de Orígenes»; José Fernández Lago, «Pozos, fuentes y ríos en la *HomNum* XII de Orígenes»; Luis F. Ladaria, «Atanasio de Alejandría y la unción de Cristo (*Contra Arianos* I, 47-50)»; Carmelo Granado, «El Espíritu y el Paraíso. Notas de teología ambrosiana».

Los últimos estudios están dedicados a autores hispanos: Eugenio Romero Pose, «La tradición textual del Comentario a Daniel de San Jerónimo en los Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana. En torno a la tradición jeronimiana hispánica»; Juan José Ayán Calvo, «La belleza del Esposo. Un aspecto de la cristología de Gregorio de Elvira»; Pio G. Alves de Sousa, «Elementos de Mariología nos Autores da Literatura Patrística Galaico-Lusitana». Cierra el volumen el artículo de José Luis Moreno Martínez, «Cristo en el lagar. Pervivencia de una alegoría patrística».

Universidad Pontificia de Salamanca

Se trata, como puede verse por la enumeración de los estudios que configuran el volumen, de una verdadera miscelánea, que encuentra su unidad en la persona a quien están dedicados y en la variedad de temas abordados en su dilatado magisterio oral y escrito.

Santiago Guijarro Oporto

N. Visiers Lecanda, *El «Scrutinium Scripturarum» de Pablo de Santa María. (Parte I: Diálogo imaginario entre el judío Saulo y el cristiano Pablo).* Thesis ad Doctoratum in Sacra Theologia totaliter edita (Roma: Pontificia Universidad de la Santa Cruz 1998) 244 p.

El libro que, con retraso del que pedimos disculpas, recensionamos, es la tesis doctoral del autor, tesis que, combinada con la de otro doctorando —ya publicada por la misma editorial y de la que esperamos rendir cuentas inmediatamente— quiere ser una presentación de la obra de Pablo de Santa María o Pablo de Burgos, ilustre rabino converso cuya vida se sitúa entre 1352 y 1435. El autor sigue un esquema claro y clásico: contexto histórico en el que situar a esta ilustre figura, semblanza del rabino que fue después obispo de Burgos, presentación breve de su obra, algunas notas acerca de la hermenéutica bíblica usada por el Burgense y de los autores que maneja en sus obras, especialmente en el *Scrutinium* y presentación sintética de la primera parte de esta obra.

El estudio histórico, que se apoya en trabajos solventes, especialmente los de L. Suárez e Y. Baer acerca de los judíos en España, resume de manera clara la historia de los judíos en la España de los siglos XIII al XV, subrayando especialmente los episodios de disputas y polémicas judeo-cristianas. Sitúa también a los tres autores que están en la base de la obra estudiada de Pablo de Santa María: el dominico Raimundo Martí, el mallorquín franciscano Raimundo Lulio y el normando, también franciscano, Nicolás de Lira. Importante también, para entender la obra del autor estudiado, es la disputa de Tortosa (1413-1415), promovida por otro converso, Joshua ha Lorqui, bautizado con el nombre de Jerónimo de Santa Fe, contemporáneo del autor estudiado. El capítulo dedicado a la semblanza de Pablo de Santa María ofrece los datos básicos para entender a este interesante personaje medieval, así como una breve presentación de sus obras. Son dos obras de corte narrativo en romance, *Suma de las crónicas de España* y *Las siete edades del mundo o Edades trovadas;* y dos obras de tipo teológico-exegético, que son las más interesantes en nuestro caso: las *Additiones ad Postillam magistri Nicolai de Lyra* y el *Scrutinium Scripturarum*. Esta obra se sitúa en la estela de las obras polémicas o de controversia entre cristianos y judíos, y a ella es a la que se dedican los capítulos siguientes.

Universidad Pontificia de Salamanca

Así, en el capítulo tercero, dedicado a la hermenéutica del Burgense, hecho a partir de las *Additiones* y el *Scrutinium*. Hay dos observaciones de interés en este capítulo: la aceptación del sentido literal como único sentido a partir del cual se puede dialogar y discutir con los rabinos judíos, y la descripción y uso de este sentido literal. En el primer punto, el autor subraya con razón la dependencia de Pablo de Burgos de santo Tomás y de Maimónides, que son los dos autores que influyen más en su manera de usar la Biblia. No obstante, hubiera sido interesante ver si, como es muy probable, Pablo de Burgos considera la Biblia como depósito de doctrina, en esa línea que abre santo Tomás y que seguirá creciendo hasta llegar a convertir la Biblia en un «lugar» de la teología, en vez de en su «alma», como recordará el Concilio Vaticano II. Este punto no se tiene en cuenta. Habría sido interesante observarlo y precisar si también la hermenéutica judía de la época consideraba así la Biblia. Es muy posible que no, y probablemente aquí radican algunas de las dificultades para el diálogo entre judíos y cristianos acerca de la Biblia en este momento. Por otra parte, la descripción del sentido literal, tal como lo usa Pablo de Burgos, es interesante, porque intenta superar, por medio de distinciones interesantes, la pura literalidad del texto, acercándose a un sentido literal más complejo y que ciertamente comprende también una serie de figuras literarias, que dan al lenguaje («literal») toda su riqueza y sus matices. Este capítulo, sin duda interesante, queda en cierto modo a medio camino, al no establecer comparaciones a fondo entre los principios hermenéuticos y el método seguido por el converso burgalés, y la hermenéutica contemporánea y posterior. Los datos son de interés y el esfuerzo se agradece. Pero... sabe a poco. Creo que es posible ahondar algo más en la hermenéutica de Pablo de Burgos y, con él, como apunta inteligentemente el autor, la hermenéutica de los autores de estas disputas judeo-cristianas en el medievo. Por lo demás, se agradece sinceramente el esfuerzo hecho por el autor en la identificación de las fuentes judías. Y me parece de gran interés la constatación de que apenas si hay fuentes diferentes de las usadas por R. Martí en su *Pugio fidei*. Posiblemente este dato tiene más importancia que la que nuestro autor le ha dado. Para poder establecer este hecho habría sido conveniente hacer una comparación más rigurosa entre las fuentes y los argumentos de Raimundo Martí y de Pablo de Burgos. Incluso, convendría preguntarse si, cuando escribe nuestro obispo burgalés, no existiría un fondo común, una especie de *testimonia* de uso habitual entre los teólogos cristianos que discutían con los judíos.

Finalmente, los dos últimos capítulos son una exposición sintética, con algunas notas ilustrativas de las 10 primeras distinciones del *Scrutinium*, es decir, de su primera parte. El trabajo hecho es de agradecer, pero queda a medio camino entre el comentario y la edición y traducción —al menos antológica— del texto. Esperemos que este autor, junto con Javier Martínez de Bedoya, que ha estudiado la segunda parte de esta interesante obra polémica y ha dado una traducción de ella, nos den pronto una edición bilingüe plenamente introducida y bien anotada. Ése es el camino para recuperar muchas de las grandes obras del medievo que duermen

Universidad Pontificia de Salamanca

en las bibliotecas, en gran parte por la dificultad que hoy la lengua latina ofrece a muchos estudiantes. Nuestro autor, sin duda, está bien preparado para hacerlo.

José Manuel Sánchez Caro

S. Bardet, *Le Testimonium Flavianum. Examen historique, considérations historiographiques*. Collection «Josèphe et son temps», V (Paris: Les Éditions du Cerf 2002) 280 pp.

Esta obra de Serge Bardet es la número cinco de la colección «Josèphe et son temps» (I. *La Bible de Josèphe. Le Pentateuque;* II. *Baptême et résurrection. Le temoignage de Josèphe;* III. *Flavius Josèphe. L' homme et l'historien;* IV. *Le Fils de Dieu. Procès de Jésus et évangiles)* y en ella se pretende, por una parte, mostrar cómo la controversia científica en torno al llamado *Testimonium Flavianum de Iesu* ha estado condicionada por prejuicios ideológicos y religiosos, y, por otra, proponer nuevas hipótesis que permitan comprender mejor este fragmento de la obra de Flavio Josefo. El autor, que desarrolla su actividad docente e investigadora en la universidad de Évry-Val d'Essonne, ha recurrido a trabajos recientes sobre el judaísmo y el cristianismo de los siglos I y II, y, en varias ocasiones, reconoce que sus opiniones a este respecto se inspiran —o disienten— de las expresadas, en diferentes publicaciones, por el dominico Étienne Nodet.

Como se recordará, en la obra *Antiquitates Iudaicae* XVIII, 3, 3, del historiador judío Flavio Josefo, se menciona a Jesús, de quien se dice que, adornado de cualidades extraordinarias, crucificado en tiempos de Poncio Pilato, habría resucitado y, en el momento de referir por escrito estos hechos, todavía se le conocían discípulos. En una breve frase, además, se le califica de *Christós*. En la antigüedad era habitual recurrir a estas palabras de Josefo con finalidad apologética, pero, a partir del siglo XVI, fueron enjuiciadas críticamente y el debate sobre su autenticidad histórica se suscita desde entonces en intervalos periódicos. La cuestión que se ha planteado siempre es si este testimonio acerca de Jesús ha podido ser escrito por Flavio Josefo, un judío fariseo, vinculado a la corte imperial, a finales del siglo I, o procede de otra pluma.

La bibliografía, con la que se abre este estudio, es interesante, pues, además de citar diversas obras de carácter general, las que versan directamente sobre Flavio Josefo y el *Testimonium* aparecen clasificadas por períodos históricos, lenguas o temas. El capítulo I es muy breve. En él se presentan las cuestiones relativas a la tradición manuscrita del texto y a su traducción. La variedad y el número de versiones es un claro exponente de la importancia atribuida al *Testimonium* y a su interpretación. No hay término que no haya sido minuciosamente analizado y considerado. Se muestran igualmente las relaciones de dependencia que existen entre

Universidad Pontificia de Salamanca

los autores, pues hay traducciones que han sido consideradas como especialmente autorizadas, como es, por ejemplo, la de Théodore Reinach. Este capítulo concluye con la apreciación de que las diferentes traducciones, por lo general, no contribuyen a esclarecer si el texto del *Testimonium* es auténtico o espurio, sino que manifiestan los prejuicios de quienes las realizan. Éstos seleccionan el léxico de acuerdo con sus opiniones preconcebidas. Son, pues, razones de crítica externa las que determinan el vocabulario empleado en las diferentes versiones.

En el capítulo II son examinados los argumentos aducidos para justificar —o negar— la autenticidad parcial o total del *Testimonium*. Se ofrece una lista con los nombres más representativos de las personas que han negado plenamente la autenticidad, o que la han aceptado, o que han considerado que se trata de una interpolación. En todo ello, a juicio del autor, han jugado un papel determinante estos dos factores: la dependencia respecto de ciertas *autoridades* y la confesionalidad católica, protestante o judía de los tratadistas.

La cuestión con la que se inicia esta sección es si pudo Flavio Josefo no hablar de Jesús. Tras exponer algunas razones de carácter histórico y literario, se concluye que el escritor judío pudo haber tenido noticias del cristianismo. Ahora bien, si fue así, ¿se habría visto en la circunstancia de tener que hablar de él? Se ofrecen diversas opiniones: 1) la muerte de Jesús y sus consecuencias no habrían podido ser ignoradas en las obra escrita de Flavio Josefo; 2) la muerte de Jesús habría sido un hecho digno de mención en el año 93 por parte de alguien que no fuera cristiano; 3) el historiador judío habría incurrido en un juicio negativo por parte de sus lectores si no los hubiera informado debidamente de lo sucedido en la lejana *Iudaea Capta;* 3) la figura de Jesús, en cuanto líder profético y mesiánico, habría tenido más interés para los lectores romanos que las de algunos rabinos destacados, como es el caso de Hillel o Gamaliel, que Josefo no menciona en su obra.

Se suele argüir que el contenido del fragmento que nos ocupa no tiene nada que ver con los argumentos que se desarrollan en el resto del capítulo XVIII, especialmente el de la dama romana, que figura a continuación del *Testimonium*. Por ello se ha pensado que pudiera ser una interpolación. El autor propone la teoría de que han existido varias fuentes en la redacción de la obra y que el procedimiento de la *inserción* de fragmentos documentales diversos era un recurso habitual en historiadores antiguos.

Son tenidas en cuenta igualmente las opiniones acerca de cuáles podrían haber sido las consecuencias de referir tal noticia en tiempos de Domiciano. Establece comparaciones con el caso de Hermógenes de Tarso y de otros escritores condenados a muerte por el emperador. Éstos habían tratado asuntos que podían provocar la ira del príncipe, pero no es el caso de Flavio Josefo, quien simplemente menciona de pasada a un agitador judío que ya no podía provocar un levantamiento contra el monarca. El hecho de hablar de los cristianos no constituía una ofensa ni era un acto digno de ser reprobado o censurado.

Universidad Pontificia de Salamanca

Respecto a la cuestión de cómo un párrafo tan largo ha podido ser incluido en todos los manuscritos, Bardet rechaza que haya habido una trama organizada y concertada con la finalidad de introducir la famosa variante. Habría bastado con *una* sola interpolación en un texto que habría dado origen a una familia de manuscritos, conocida y transmitida por Eusebio de Cesarea. Sin embargo, la cuestión es compleja y el problema de la contaminación textual se debe a factores ajenos al origen histórico del *Testimonium*.

Bardet valora positivamente el hecho de que en *Antiquitates* XX se mencione de nuevo a Jesús, como un dato a favor de la posible autenticidad del *Testimonium*, y aborda la cuestión de por qué no se halla éste en la obra de Orígenes ni en otros autores eclesiásticos. Más aún, el escritor alejandrino refiere en *Contra Celso* I, 47, que Flavio Josefo «no creía que Jesús fuera el Cristo». Bardet opina, sin embargo, que no se han de buscar en Orígenes razones en contra de la autenticidad del *Testimonium* y rechaza la hipótesis de que Eusebio de Cesarea haya sido el causante de la interpolación, aunque, después, en la conclusión final del libro, no excluya que la mano del historiador cristiano se haya deslizado en el texto (p. 230).

Desde el punto de vista de la crítica interna, el autor repasa los argumentos aducidos por quienes sostienen que Flavio Josefo no pudo decir lo que se contiene en el *Testimonium* y replica a quienes oponen razones de tipo teológico, semántico y estilístico, que son refutadas punto por punto. Al final se llega a la conclusión de que en el fragmento de la obra de Flavio Josefo se contienen términos y expresiones que son perfectamente compatibles con la mentalidad y las creencias de un escritor del siglo I, tanto judío como gentil.

En el presente estudio, además de las hipótesis y puntos de vista tradicionales sobre el *Testimonium*, se muestran otros métodos, más modernos, de análisis. Así, por ejemplo, hay quien trata de incorporar estudios sobre la complexión psicológica de Flavio Josefo. Pero lo que ha captado de una manera especial la atención de los investigadores del tema es la cuestión de la tradición manuscrita. Robert Eisler (1882-1949) y Shlomo Pines (1908-1990) abrieron una nueva vía de acceso gracias a sus publicaciones sobre las variantes conservadas en la documentación siriaca, árabe y eslava. Bardet presenta las conclusiones de Pines, secundadas por André Marie Dubarle (1910-), y propone sus apreciaciones críticas sobre las versiones de Agapios, Kedrenos y Miguel el Sirio, en las que encuentra pocas diferencias respecto al texto griego de Eusebio.

La crítica tradicional ha considerado que el hecho de que Flavio Josefo intentase velar el fenómeno mesiánico es una razón de peso para desestimar el *Testimonium* como auténtico. En el estudio de Bardet se defiende que el historiador judío no ha ocultado lo que concierne al mesianismo, pues en el libro XX se habla de los «falsos mesías» y de varios personajes con aspiraciones espirituales y políticas. Además, tras mencionar que Jesús es el Cristo, refiere su crucifixión. El galileo ajusticiado por Pilato

Universidad Pontificia de Salamanca

no constituiría, por tanto, ninguna amenaza, debido a sus pretensiones mesiánicas, para los intereses del imperio romano.

El extenso capítulo II concluye con las sugerencias que el autor aporta para construir una hipótesis nueva. Trata, en primer lugar, de establecer una relación lógica entre la fe de Flavio Josefo y el contenido del *Testimonium*, pues se pregunta si éste no es expresión de una polémica existente dentro del judaísmo a causa de una «nebulosa de confesiones». En este apartado, Bardet trata de justificar las omisiones señaladas por la crítica y de integrar en el marco histórico de Josefo, y en la situación en que por entonces se hallaba el judaísmo, las aparentes incoherencias denunciadas por los investigadores.

Se intenta, en segundo lugar, superar el modo tradicional de plantear la cuestión acerca de quién ha sido realmente el autor del *Testimonium*, pues Bardet considera insuficiente la hipótesis de la interpolación como única alternativa posible a la autenticidad del fragmento. Éste, tanto si tiene a Flavio Josefo por autor como si ha sido incluido en el conjunto de la obra por un cristiano, será deudor de una fuente histórica o literaria y de una corriente cristológica que habrá que identificar. En el presente estudio se ponen de manifiesto ciertas correspondencias entre el *Testimonium*, la tradición evangélica canónica y diversos ambientes sectarios del cristianismo primitivo. Bardet se pregunta si no habrá que inscribirlo en el contexto de polémica que se suscitó a finales del siglo I y comienzos del II a propósito de la encarnación y de la naturaleza de Jesús, e intenta mostrar posibles semejanzas con las tesis sinópticas (frente a Juan) y las ebionitas (frente a determinados grupos gnósticos).

Finalmente, Bardet propone que los estudios sobre el *Testimonium* tengan en cuenta las circunstancias en las que se hallaba el judaísmo posterior al año setenta y las ideas judeocristianas que circulaban en aquel tiempo

En el capítulo III se examinan las opiniones modernas sobre el tema. Se ofrecen unas tablas en las que el autor pretende poner de manifiesto una serie de constantes o de irregularidades que aparecen en los estudios sobre el *Testimonium*. Clasifica éstos por su grado de competencia, por sus hipótesis, por su confesión religiosa o por sus tendencias ideológicas, ya que todo ello ha influido en la historia de la investigación. Se llega, en este itinerario, al período actual, determinado por el Concilio Vaticano II, cuyas orientaciones han marcado también las líneas de interés y la metodología en los círculos de estudio católicos.

El libro se cierra con un apartado en el que se exponen ordenadamente las conclusiones. Considera, en primer lugar, que el *Testimonium* ha servido, durante siglos, de bandera para encabezar posiciones ideológicas o teológicas progresistas o conservadoras, tanto en el mundo católico como en el protestante. El judaísmo no ha sido ajeno tampoco a este uso, ya que de una interpretación u otra se podían seguir determinadas —y contrapuestas— consecuencias en las relaciones con el cristianismo. Si la polémica acerca de la autenticidad del *Testimonium Flavianum* ha durado cuatro

Universidad Pontificia de Salamanca

siglos es porque algo no estaba bien planteado. Bardet cree que se debe a que la cuestión ha sido llevada al campo de la apología y no al de la filología o al de la historiografía. Opina, además, que, según nuestros actuales conocimientos sobre los primeros tiempos del cristianismo, no cabe ya oponer la clásica objeción de que Flavio Josefo no podía haber dicho de Jesús lo que se refiere en el *Testimonium,* pues cuando el historiador judío habla de él otorgándole el título de Cristo y unas cualidades excepcionales no está haciendo el juego al cristianismo sino que está simplemente relatando sus impresiones sobre un grupo judío contemporáneo.

Serge Bardet estima que, al menos en los esencial, el *Testimonium* ha de ser atribuido a Flavio Josefo o a uno de sus colaboradores, y que no es una obra de un autor cristiano. Pero también reconoce que Eusebio de Cesarea ha podido intervenir con algunos retoques, o que han sido introducidas algunas glosas por descuido de los copistas. Con todo, hay dudas que no se disipan fácilmente, pues, al igual que otros escritos del género, se trata de una obra de historia antigua cuya información hay que verificar, contrastar e interpretar.

Los índices están bien hechos. Se ofrece una breve biografía de los autores que han destacado en la historia de la investigación. Es muy práctica y el lector agradece esta información que le ayuda a situarse mejor ante un problema que es complejo en el planteamiento, el desarrollo y la resolución. Al final hay un *postfacio* a cargo de Pierre Geoltrain (École Pratique des Hautes Études). El colofón, en la penúltima página, no corresponde a esta obra sino a la anterior de la colección *(Les Fils de Dieu. Procès de Jésus et évangiles).*

Este estudio de Serge Bardet será de gran utilidad para quienes precisen recurrir en su tarea a las obras de Flavio Josefo, y en especial al *Testimonium Flavianum de Iesu,* pues, habiendo tomado como punto de partida una muestra selecta de literatura científica sobre el tema, se indaga en los intereses que han movido a los especialistas en el transcurso de los últimos cuatro siglos, a la vez que se pretende incorporar una nueva metodología historiográfica que tenga en cuenta los estudios recientes sobre el entorno judío de Flavio Josefo. No todos aceptarán las conclusiones a que ha llegado el autor del libro, pero es un trabajo riguroso, bien hecho y bien planteado. Cuando parecía que la polémica había quedado en tablas, se escriben obras como ésta, que aspiran a limar ese componente ideológico que se ha ido adhiriendo con el paso del tiempo. No faltará quien diga que se trata de un retorno a posiciones conservadoras, pero nadie puede aspirar a tener la palabra última y definitiva sobre lo sucedido y lo escrito en el pasado. Y menos sobre el *Testimonium Flavianum de Iesu.*

Jorge Juan Fernández Sangrador

Universidad Pontificia de Salamanca

A. M. Denis, *Introduction à la littérature religieuse judéo-hellénistique (Pseudépigraphes de l'Ancien Testament)*, I-II (Turnhout: Brepols 2000) XXI + 1420 pp.

Colaboran en esta obra varios especialistas procedentes de diferentes instituciones académicas europeas: J. N. Birdsall, S. P. Brock, Ch. Burchard, J. C. Haelewyck, J. D. Kaestli, M. A. Knibb, J. N. Pérès, P. Piovanelli, R. Rubinkiewicz, E. Turdeanu, J. Verheyden. Hubiera sido imposible llevar a cabo esta recopilación sin la participación de varios estudiosos, pues en ella se recogen más de trescientos escritos agrupados bajo el título de *Littérature religieuse judéo-hellénistique*. Se divide en tres partes: I) «Écrits judéo-hellenistiques parallèles aux livres historiques de la Bible»; II) «Écrits judéo-hellénistiques parallèles aux prophètes bibliques»; III) «Écrits judéo-hellénistiques parallèles aux écrits bibliques».

Hay un esquema fijo en la presentación de las obras seleccionadas. Se comienza con un resumen del contenido y una breve exposición de cuáles son las cuestiones fundamentales que conciernen a éstas; después se dice qué autores antiguos o qué otros escritos han hecho referencia a ellas; a continuación vienen las versiones antiguas (hebreo, arameo, griego, latín, siríaco, árabe, etíope, copto, armenio, georgiano...) y se ofrece una lista completa de los manuscritos en los que se hallan dichas versiones, así como de las ediciones críticas y de las traducciones existentes en las principales lenguas modernas; finalmente se ofrecen datos o se construyen hipótesis acerca del autor, la fecha de composición, el lugar de procedencia... Y todo ello debidamente justificado con argumentos ponderados.

El trabajo realizado por estos investigadores es digno de encomio, y el rigor, la información, la minuciosidad de que hacen gala, disculpa el retraso en la publicación de la obra, que ya debía haber visto la luz en 1980. No ha de extrañar la demora, pues, en este campo, constantemente aparecen nuevos elementos de juicio, que, por una parte, enriquecen el conocimiento actual de las fuentes antiguas, pero, por otra, son un freno para el investigador serio que se niega a divulgar apresuradamente opiniones que no estén adecuadamente contrastadas. De ahí que obras como ésta no puedan, por naturaleza, aspirar a ser definitivas, sino que han de limitarse a exponer cuál es el nivel alcanzado por la ciencia en el momento de la publicación y dejar las puertas abiertas a ulteriores aportaciones que confirmen o enmienden los resultados a los que se ha llegado tras largos años de estudio.

La obra presenta los escritos considerados como pertenecientes a la *literatura religiosa judeo-helenística*. En la introducción se dice que son excluidos aquellos que poseen un carácter eminentemente profano, y se menciona expresamente a Flavio Josefo y a Filón de Alejandría (p. XI). El primero por ser historiador y el segundo por ser filósofo. Se comprende que no figuren los de Flavio Josefo, pero no está tan claro que deban faltar los de Filón de Alejandría, ya que sus comentarios a los textos bíblicos lo cualifican también como destacado autor de obras de inspiración reli-

Universidad Pontificia de Salamanca

giosa. Al final, como era lógico, y en contradicción con lo que se afirmaba en la introducción, hay un comentario a las obras de Flavio Josefo en el apartado «Les Historiens Judéo-Hellénistiques» (pp. 1120-1121), y se recurre varias veces a las de Filón. Por otra parte, con el fin de evitar la terminología habitual de pseudoepigráfico, apócrifo, deuterocanónico e intertestamentario, el editor ha preferido poner el título genérico que se lee en la portada, pero lo que en realidad está bien puesto es el subtítulo: *Pseudépigraphes de l'Ancien Testament*. Se ha excluido también la literatura de Qumrán y otros documentos hallados en el desierto de Judá, aunque son mencionados de pasada si es que los editores estiman que pueden tener alguna relación con las obras descritas en el presente compendio. Éstas habrían sido redactadas en el período comprendido entre el siglo IV a.C y el final del siglo I o la primera mitad del II d.C. Según esto, los rasgos propios del helenismo se encontrarían tanto en la literatura del tiempo de Alejandro Magno como en la época de los Padres Apostólicos. En el prefacio se justifican estas opciones y se muestran las diferencias existentes entre judaísmo, judeo-helenismo y judeo-rabinismo, y se declara abiertamente que el deseo de conocer mejor los orígenes del cristianismo es lo que ha movido a los autores a emprender este estudio.

Las obras que figuran en el índice son las siguientes: Vida de Adán y Eva, Libro de Henoc, Libro de los Secretos de Henoc, Testamento de Abraham, Apocalisis de Abraham, Testamentos de los Doce Patriarcas, Libro de la Oración de Aseneth, Oración de José, Libro de los Jubileos, Antigüedades Bíblicas de Pseudo-Filón, Asunción o Testamento de Moisés, Libro de Eldad y Modad, Libro de Jannés y Jambrés, Salmos de Salomón, Libro 3 de los Macabeos, Libro 4 de los Macabeos, Vidas de los Profetas, Apocalipsis de Elías, Martirio de Isaías, Oración de Manasés, Paralipómenos de Jeremías, Apocalipsis Siríaco de Baruc, Apocalipsis Griego de Baruc, Apócrifo de Ezequiel, Apocalipsis de Sofonías, Libro 3 de Esdras, Apocalipsis 4 de Esdras, Apocalipsis Griego de Esdras, Visión del Bienaventurado Esdras, Apocalipsis de Sidrac, Testamento de Job, Carta de Aristeas, Oráculos Sibilinos, Historia y Máximas de Ajicar, Sentencias de Pseudo-Focílides, Apocalipsis de Daniel. He aquí las obras que aparecen en el índice, pero en la presente *Introducción* se citan y se comentan igualmente otras que muestran grandes semejanzas en el título o en el contenido.

En la tercera parte de la obra, desarrollada íntegramente en el volumen II, hay una antología de citas «ficticias» de autores griegos que se encuentran en escritores judeo-helenistas. Éstos se habrían propuesto interpolar o rehacer las antologías griegas ya existentes y atribuir a grandes personalidades de la antigüedad la defensa o la justificación de los principios bíblicos; hay sendos apartados dedicados a historiadores y literatos también judeo-helenistas y un estudio sobre «citations sans maître» que aparecen en el Nuevo Testamento, 1-2 Clemente, Epístola de Bernabé, Epistula Apostolorum, El Pastor de Hermas, Constituciones Apostólicas y en los escritos de Justino, Clemente de Alejandría, Hipólito, Orígenes, Pseudo-Gregorio de Nisa, Epifanio de Salamina, entre otros. Esta última parte es novedosa y de gran interés. Al final del segundo volumen hay

Universidad Pontificia de Salamanca

varios índices: bíblico, Qumrán y Masada, obras y autores tanto antiguos como modernos.

La información es exhaustiva en el texto y en las notas a pie de página. Los datos se agolpan de tal manera que la lectura se hace en ocasiones fatigosa, pero ante tal profusión de noticias históricas y literarias, de referencias bibliográficas y de juicios críticos, el lector comprende que los autores se hayan atenido simplemente a exponer el resultado de sus investigaciones y adoptado un estilo sobrio, propio de una obra de semejantes características. Ésta se propone avanzar a través de la senda abierta por otros equipos de investigadores, que han intentado establecer las relaciones existentes en el ámbito de la literatura judía intertestamentaria, bien de los escritos entre sí, bien de éstos con otros afines. Así, por ejemplo, K. G. Kuhn, *Konkordanz zu den Qumrantexten*, Göttingen 1960; o el mismo A. M. Denis en colaboración con otros: *Introduction aux pseudépigraphes grecs d'Ancien Testament*, Leiden 1970; *Concordance de l'Apocalypse grecque de Baruch*, Louvain 1970; *Concordance latine du Liber Jubilaeorum sive Parva Genesis*, Louvain 1973.

Nos hallamos ante una obra interesante, digna de ser tenida en cuenta, que trata de mostrar las relaciones de orden literario y doctrinal existentes entre el judaísmo y el helenismo, y que será de gran utilidad para los estudiosos del Nuevo Testamento, pues los autores han prestado especial atención a las posibles conexiones entre las obras aquí presentadas y las del cristianismo naciente, tal y como se puede constatar en el índice de citas bíblicas y patrísticas. También los exégetas del Antiguo Testamento encontrarán en este repertorio multitud de noticias interesantes, que les permitirán apreciar cuál ha sido el desarrollo posterior de las instituciones, los principios teológicos y las formas literarias, de cuyo origen informan los libros veterotestamentarios. De igual modo, los historiadores y los estudiosos del mundo antiguo podrán leer con provecho esta introducción, que recomendamos como un instrumento de trabajo sumamente útil a cuantos deseen adentrarse en el complejo mundo de la literatura religiosa judeo-helenística.

Jorge Juan Fernández Sangrador

Universidad Pontificia de Salamanca